

S.I.P.

**SPECIAL
INTERNATIONAL
POLICE**

LA FÓRMULA DEL APOCALIPSIS



LA FÓRMULA DEL APOCALIPSIS



La fórmula del Apocalipsis

Por

Johnny Garland



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
B A R C E L O N A

© Ediciones Toray, S. A. – 1961

Depósito legal B18.446 - 1961

Número de Registro: 6.465 - 1961

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona

PRÓLOGO

SANGRE EN POLARIA

Knud Schnoffels extrajo el largo, afilado cuchillo.

La hoja de acero, azulada y fría, salió de la carne humana con un chirrido ácido. Borboteó la sangre en el hondo tajo de la herida, e incluso salpicó las ropas de Knud Schnoffels. Pero a éste no pareció importarle demasiado.

Todavía con la hoja sangrante en la mano, contempló el cuerpo tendido a sus pies. Vio correr el rojo reguero por las baldosas plásticas, con indiferente expresión pensativa. Luego, muy despacio, se encaminó a un cortinaje. Secó en él la hoja del arma que acababa de extraer del cuerpo humano.

Luego, muy lentamente, avanzó hacia la puerta del fondo. No parecía tener prisa para nada. Actuaba con calma, sereno, frío. Sus pies, calzados con botas de piel anticongelante, pisaron suavemente las baldosas, alejándose del cadáver.

El corpachón de Schnoffels, macizo y atlético, parecía aún mayor, dentro de su grueso atavío, refractario al frío, de plastlan, y su casco blanco, de calefacción electrónica, cubriendo su maciza cabeza, asentada sobre el cuello de toro. La manaza que esgrimía aún el arma blanca extraída de la herida mortal de aquel hombre que quedaba detrás suyo, inmóvil para siempre, era una mano grande, poderosa, enfundada en un flexible, ajustado guante anticongelante, capaz de resistir las más duras temperaturas.

Llegó ante la puerta herméticamente cerrada, de metal plastificado. La estudió, ligeramente ceñudo. Observó la naturaleza complicada de las cerraduras. Ni siquiera probó a abrir con una llave maestra normal o magnética. Sabía previamente que ese empeño sería un completo fracaso. Y a Knud Schnoffels no le gustaba perder el tiempo en fracasos.

Su otra mano salió del bolsillo de su chaqueta plástica. En ella llevaba una pequeña cápsula azul, vidriosa, de forma oval. También esa mano, naturalmente, iba enguantada contra las bajas temperaturas del país en que aquel hombre se movía.

Puso la cápsula azul en tierra. Se alejó unos pasos. La mano volvió a emerger, armada de un pequeño tubo igualmente azul, con un resorte rojo en su parte posterior. Apuntó. Parecía serle fácil apuntar, como si tuviera ya larga experiencia en cosas así. Y la tenía, ciertamente.

Estaba apuntando a la cápsula oval, azulada, situada en el quicio de la

puerta cerrada. Presionó el resorte rojo. Brotó del tubo un zumbido, y un vapor grisáceo, que cayó, a chorro, sobre la cápsula. Ésta reventó, con un chispazo azul.

La puerta comenzó a disolverse, como si fuera cera derretida. Al tocar el suelo el metal corroído, se diluía, se evaporaba, en forma de un débil humo azul. Diez segundos más tarde, no había otra cosa que el hueco de la puerta. Sin obstáculos, sin hojas metálicas ni cerraduras por medio...

Knud no se movió. Presenció la operación con gesto frío, indiferente. Se movió después, cruzando el umbral, con movimientos llenos de seguridad y energía. Se encontró en una amplia cámara, repleta de instrumentos electrónicos, mecanismos, controles y tableros con esferas graduadas, tubos indicadores y resortes.

Presionó un botón cuadrado, en el muro, y las luces se encendieron. Eran de un tono casi dorado, suave y sedante para los ojos y los nervios. Luz analgésica, pensó Knud, sin detenerse un momento siquiera.

Parecía conocer muy bien su camino y lo que tenía que hacer en la cámara de controles y mecanismos donde había entrado. Se dirigió en derechura a un gran aparato repleto de células electrónicas supersensibles, que parpadeaban con lucecillas intermitentes, ligadas por miles de cables delgadísimos, transparentes, que lo enlazaban con una superpila electromagnética, situada en un ángulo de la sala, sobre un soporte aislante muy poderoso. La energía contenida en aquel recipiente tubular debía de ser muy fuerte y concentrada. Los ojos estrechos, glaucos, agudos, de Knud Schnoffels estudiaban cada detalle de la instalación con la escrutadora atención del experto. Una sonrisa burlona emergió entre sus gruesos labios de hombretón nórdico. Se aproximó más al gran *tablier*, de celdillas electrónicas de luz intermitente. Dejó el largo, afilado cuchillo de hoja azul, junto a él. Sus manos enguantadas movieron con rapidez y sensibilidad un juego complicado y multicolor de botones. Apenas estuvo dos minutos dedicado a esa tarea. Luego, en un recuadro gigantesco, surgieron tres grupos de cifras luminosas, entre los parpadeos de las celdillas luminiscentes:

347-190-973

La sonrisa de Knud se amplió. En sus ojillos malignos centelleó una luz de triunfo. Ya tenía la clave. Lo demás era sencillo, simple como un juego de niños.

Se sentó en un asiento giratorio, de espuma, y empezó a teclear sobre un tablero más de teclas cuadradas, en pasta de colores diversos. Las cifras corrían bajo sus expertos dedos, grabándose magnéticamente en una cinta de verginoso paso, ante una serie de tres ojos electrónicos.

Las cifras 347-190-973 se repitieron por tres veces ante esos «ojos». En el acto, un zumbido llenó la estancia, se encendieron unas luces-piloto rojas y verdes, sobre la gran máquina, y las celdillas luminosas comenzaron a

parpadear más y más, y un graduador de la superpila subió en su graduación.

Knud contempló todo eso sin inmutarse. Sabía lo que estaba haciendo. Y lo que hacía la máquina. Había, bastado encontrar las cifras-clave, y repetirlas para cada «ojo electrónico», para que el gran cerebro electrónico, la mente-robot hallada dentro de la cámara aquella, funcionase a toda presión, clasificando y grabando datos a velocidad vertiginosa...

El zumbido duró exactamente tres minutos. Los parpadeos también. Luego, todo se apagó, con un chasquido seco. Solamente quedaron las luces parpadeantes, intermitentes, animando el gran tablero cuajado de celdillas.

Knud se encaminó a un orificio circular, o tubo de salida, iluminado interiormente en tono violáceo. Le bastó introducir sus dedos enguantados en aquel orificio. Los extrajo cerrados en torno a un cilindro magnetofónico, grabado por sensibles líneas de sonido. Sonrió Schnoffels. Allí estaba lo que había ido a buscar. Lo que costó la vida de un hombre, allá afuera. Lo que solamente aquella máquina podía decir, revelar a alguien, que conociera su funcionamiento a la perfección. Aparte esa máquina, solamente había un ser capaz de repetir, incluso, de memoria, lo que estaba grabado en el cilindro. Pero ese alguien jamás hablaría. Ahora, menos que nunca. Knud agitó su mano triunfalmente con el cilindro sonoro obtenido de la máquina-cerebro. Esto sellaba definitivamente la suerte del hombre que conocía el secreto.

Se encaminó a la salida. Ya en ella, se detuvo. Una sonrisa maligna crispaba sus recias, abotagadas facciones. Extrajo una pistola de proyectiles explosivos. Apuntó directamente a la máquina desde el exterior de la cámara. Luego, disparó.

La carga explosiva alcanzó de lleno el cuadro magnético electrónico. Hubo un estallido, un chisporroteo cegador, una serie de explosiones, de cables quemados y llamaradas que lamieron los delicados, sensibles mecanismos interiores.

Cuando Knud Schnoffels dejó tras de sí la cámara del cerebro-robot, ésta era pasto de las llamas y de frecuentes explosiones, y el fuego corría ya hacia el lugar donde yacía el hombre acuchillado brutalmente.

Salió del edificio blanco y circular, de cúpula cristalina y grandes jardines en torno, entre canalillos de agua azul y senderos de graviplast. Ya se advertían, a través de las vidrieras de sus galerías circulares, los fulgores de las llamas. La noche ártica, en el exterior, era fría y azul, con un cielo salpicado de astros centelleantes, límpidos. Los calefactores urbanos, haciendo brotar aire caliente por sus rendijas callejeras, no bastaban a combatir perfectamente las bajísimas temperaturas polares.

Knud corrió a través de la amplia, desierta, blanca avenida de compacto plástico, bajo el gélido soplo del aire de North Pole City, capital de Polaria, el novísimo Estado Federado que el ingenio y la ciencia humanos habían logrado levantar, como obra de auténticos titanes, sobre los cimientos polares del Ártico. Solamente el gran progreso técnico, científico y humano del siglo XXI había sido capaz de crear aquella maravilla humana, como centro de una

nueva tierra de promisión, donde ahora ya vivían seres, formando un país joven y fuerte, capaz de todas las conquistas del progreso terrestre.

Pero en Polaria también corría la sangre. También existían el crimen, el odio y la intriga, agazapados, como monstruosos habitantes de una caja de Pandora siniestra, y ellos eran los que iban a llevar días de horror y de angustia, no sólo para North Pole City y todos los blancos y fríos territorios de Polaria, sino también para el resto de la Tierra.

Un azote de horror y de sangre, iniciado con un crimen del que nadie tenía aún conocimiento, con el robo del secreto de un cerebro electrónico y la posterior destrucción de éste, y con la carrera de un hombre llamado Knud Schnoffels, camino de un blanco turbomóvil con matrícula baja, de North Pole City. Indicio claro de que su ocupante era persona de importancia, ya que solamente a ellos se asignaba en Polaria la matriculación con cifras bajas.

El turbomóvil se alejó, perdiéndose en la oscuridad hermética de la noche, lejos de las zonas muy iluminadas de North Pole City. Atrás, el edificio circular, rodeado de jardincillos, canales y senderos, empezaba a ser pasto de las llamas, que ya lamían su exterior. El sistema automático de alarma hizo resonar una sirena ululante, en pleno centro de la ciudad. Era la llamada de emergencia. Las patrullas de Socorro acudirían rápidamente. Podrían evitar que se extendiera el fuego. Pero no que éste destruyese los sangrantes restos de un asesinato, y el destrozo causado en un cerebro-robot que había revelado su secreto a alguien.

Las llamas surgieron impetuosas de las ventanas y lamieron la superficie plástica del exterior del edificio, llegando a rozar la placa con el nombre del propietario del lugar:

PROFESOR HÉCTOR HUNDSEN
ELECTRÓNICA
Y CIENCIAS MAGNÉTICAS.

La **FÓRMULA** del **APOCALIPSIS**



CAPÍTULO PRIMERO



INTRIGA POLAR

OCKY SPAAD tomó su aerovía en Anadyr, Rusia, con destino a Godthaab, Groenlandia. Aquellas regiones nórdicas, frías e inclementes, incluso con el progreso técnico de la época, capaz de enviar satélites artificiales, con cargas de aire caliente, destinadas a mejorar el clima de los Polos, no podían disponer de líneas normales de turbomóviles y «rockets», ya que hubieran tenido que luchar con casi insuperables dificultades climatológicas, que los largos, potentes y aerodinámicos aerovías de las líneas nórdicas resolvían con facilidad. Eran vagones-oruga, ligados entre sí, circulando por líneas directas, que su radar y control automático fijaban siempre indefectiblemente, sin el menor error de trayectoria. Así, el servicio era regular y preciso.

Rocky Spaad sabía eso cuando subió al confortable, blanco compartimiento de su aerovía, en la espacio-estación de Anadyr. Había terminado su trabajo allí, y regresaba a disfrutar del merecido descanso. Pero antes quería ver a sus familiares, en Reikiavik (Islandia). Para ello, no tenía otro remedio que enlazar su viaje en aerovía, con los espaciobuses que, partiendo de Groenlandia, cubrían regularmente la breve pero dura línea con Islandia.

Dejó el maletín sobre el soporte, se acomodó en la esponjosa espuma plástica del asiento y contempló, a través de la ventanilla ovalada, cómo se distanciaban en la lejanía las largas y esbeltas torres de la ciudad rusa asomada al mar de Bering, en la amplitud del golfo de Anadyr.

El aerovía, con su vuelo rectilíneo, suave y bien estabilizado, gracias a las corrientes autónomas de antibaches, muy útiles en las altas capas atmosféricas, se alejó, por encima del mar azul, apenas visible a través de jirones de nubes grises, rumbo a Alaska y Canadá. La primera parada del tren del aire, no sería hasta Fort Yukon, el lugar de las viejas historias novelescas, hoy moderno paraíso de tierras heladas pero civilizadas y urbanizadas prodigiosamente. Luego, las paradas inmediatas solamente eran Isla Victoria, Isla de Baffin y su término, Godthaab, en Groenlandia.

Rocky Spaad vio oscurecer, poco después de iniciarse el vuelo. Al otro lado de la ventanilla todo se hizo negro, denso e impenetrable. Dentro del aerodinámico tren de las alturas, se encendieron las luces, tenues y acogedoras, sobre los asientos de espuma esponjosa. Spaad suspiró. Sentíase cansado, somnoliento. Pero también tenía sed.

Consultó el indicador de productos líquidos que servía el *automatic-service* de cada asiento, en el brazo derecho de su butaca. Solamente había helados, refrescos y la bebida alcohólica más tradicional del norte. No le gustaba nada de eso. Prefería un buen «brandy» viejo. Para su gusto, muchas cosas podían cambiar en el mundo, al compás de los años. Pero un «brandy» viejo seguía siendo algo eterno e inmutable, que triunfaba y se mantenía por encima de los años.

Se incorporó, bostezando. Dominó su pereza y se encaminó a la puerta de su compartimiento. Éste no era individual, sino de dos, como habitualmente se hacía en las líneas del norte de la Tierra. Pero carecía de compañero por el momento.

Salió, y por el corredor se encaminó al salón-bar del aerovía. Algunos viajeros fumaban en los pasillos, de espeso alfombrado de espuma, blando y confortable. Otros preferían hacerlo en los salones de fumador, presenciando la emisión internacional, en lenguaje traducido simultáneamente por diversos satélites de repetición de sonido, de la Mundial Televisión. A bordo de los aerovías, siempre funcionaban los receptores de televisión, e incluso muchos otros portátiles, de supertransistores que llevaban consigo los viajeros.

Spaad eludió todo eso. Detestaba la televisión, como monomanía u obsesión. Era un buen sistema de transmitir noticias, pero nada más. Había gente que, subyugada por las pequeñas imágenes tridimensionales y en color natural, se olvidaban incluso del mundo que les rodeaba.

Entró en el bar y pidió un «brandy». La obsequiosa escandinava de uniforme azul, con las doradas alas de su emblema de Aerovías del Norte, precisamente encima de su bien marcado seno, le miró con una sonrisa muy profesional pero agradable, y le sirvió lo pedido. Spaad lo tomó casi con gratitud. Era siempre confortante descubrir que en algunos lugares del mundo el ser humano, como empleado o servidor, aún no había sido desplazado por las condenadas máquinas o robots.

El «brandy» era bueno. Pidió otro y atendió de un modo fugaz al personal

que ocupaba el bar del ferrocarril del aire. Casi todos eran hombres ocupados y abstraídos, que ingerían sus consumiciones con premura. Como si con ello el vehículo del espacio fuese a llegar más pronto a su destino.

Con la segunda copa en la mano, Rock Spaad ocupó un asiento de espuma, junto a una mesita con publicaciones. Había diarios y revistas. Spaad leyó, abstraído. Era agradable descansar, no sentir prisa por nada, ahora que había concluido la tarea, se dijo con un suspiro de alivio, al retrepase en el cómodo asiento. Leer, saborear el buen «brandy»... Sí, había, mucha gente que no sabía lo que era vivir así. Él, rara vez tenía esa oportunidad. Y cuando la tenía, como ahora, le gustaba aprovecharla. Después de todo, era un sentimiento muy humano.

Se sumió en la lectura, mientras el aerovía siguió avanzando, por las brumas del celaje nórdico, gris y frío, hosco e inclemente siempre. El superradar y los controles automáticos de orientación guiaban perfectamente al vehículo, por mucha que fuese la niebla en torno, y muy espesa su naturaleza.

Rock Spaad, apaciblemente hundido en su asiento, dentro de la confortable tibieza del bar, avanzaba con el tren del aire hacia su destino...

Su destino era Groenlandia, luego Islandia. Pero a veces el destino de una persona sólo Dios lo sabe.

Y eso era, justamente, lo que le sucedía al viajero Spaad...

* * *

Avanzó por el corredor. Echó una ojeada a su reloj. Estaban a punto de llegar a Fort Yukon. Una distancia de mil quinientas millas, recorridas en casi dos horas. No había corrido mucho el aerovía, pero era suficiente. Años atrás, esa marcha de los motores nucleares del vehículo hubiera parecido vertiginosa. Las cosas evolucionaban con el tiempo, y lo que antes producía vértigo ahora dejaba indiferente o decepcionado.

Era tarde, se dijo Rock Spaad. Había leído con tal abstracción, que se olvidó del tiempo. Se detuvo ante la puerta de su compartimiento. En ese momento mismo, el tren paró en Fort Yukon. Lo advirtieron los indicadores luminosos y la voz suave de la grabación magnética que iba cantando las estaciones del trayecto.

Abrió la puerta, entrando en el compartimiento. Llevaba libros en su maletín. Los buscaría, por si volvía a sentir ganas de leer más tarde. Tomó el maletín, empezó a rebuscar, de espaldas a la puerta.

—¿Está desocupado ese asiento, señor? —indagó una voz, detrás de él, a la vez que se deslizaba la puerta de entrada.

—Sí, sí —respondió sin volverse—. Puede ocuparlo...

—Gracias, señor —dijo la voz del viajero. Sonó el golpe de un objeto o maletín sobre el soporte, y el suave choque de un cuerpo al acomodarse en el

asiento espumoso. El aerovía arrancaba ya de su estación aérea, en Fort Yukon. Proseguía viaje. Spaad tomó los libros que buscaba, encontró sus gafas oscuras, que se colocó, para hacer descansar la vista, gracias a sus cristales de descanso óptico, y dejó el maletín, cerrándolo. Se volvió, acomodándose en el asiento y miró a su compañero de compartimiento.

Ocurrió algo sorprendente. El hombrecillo enjuto, muy moreno y de facciones rugosas, ojos rasgados y tez cetrina, que sin querer recordaba las facciones de los esquimales, dio un respingo, palideció intensamente, mirándole con ojos enormemente abiertos, y balbució, atónito:

—¡Dios mío, no es posible! ¡Señor presidente, yo... yo creía que le habían asesinado! ¡Que usted estaba muerto!

* * *

«Muerto... asesinado... y «Señor presidente»...

Tres extraños, inesperados términos, citados de forma entre respetuosa y horrorizada, por los labios de un desconocido, con gesto de vivo pánico. Rock Spaad miró de hito en hito al vecino del compartimiento, y luego observó con calmosa voz:

—¿Muerto? ¿Muerto ha dicho?

Era una pregunta horrorosa, intencionadamente vaga, para evitar afirmaciones o negativas prematuras. Que el otro cometía un error, resultaba evidente. Pero Spaad quería saber algo más: la razón de ese error, por ejemplo.

—Claro, señor —el hombrecillo se expresaba en lenguaje internacional, con un duro acento nórdico que prestaba mayor énfasis a sus palabras. Miró en torno, con recelo, e hizo algo sorprendente. Fue a la puerta del compartimiento y bajó la persiana, ajustándola herméticamente, de forma que nada pudiera ser visto desde el pasillo del aerovía. Luego, volvióse hacia Spaad y añadió, reverente—: Perdone, señor. Tal vez no debí hablar como lo hice... ni expresar cuanto sentía, con mi gesto. Pero yo vi su cadáver, señor. Quizás he sido el único en verlo, aparte sus asesinos. Estaba tan seguro de su muerte... y ahora le veo aquí, viajando conmigo, en el mismo tren. Solamente su cabello ha variado. También se ha afeitado la barbita, pero no es suficiente para engañarme, señor.

—¿No? —Spaad seguía siendo indiferente, a propósito.

—¡Oh! señor, ¿cómo puede pensar en salir vivo del norte, con esas solas variaciones físicas? Cualquiera que le conozca bien, que haya visto de cerca al presidente... le reconocerá en el acto. No podrá huir. Usted sabe mejor que nadie, señor, que los asesinos que le dieron por muerto son buenos conocedores de su excelencia. Le localizarán de nuevo, lo intentarán otra vez... ¡Le asesinarán, señor!

Rock Spaad parpadeó ligeramente, tras las oscuras gafas. Contempló fría,

inexpresivamente, a su interlocutor. Empezaba a tener cierta idea de lo que pasaba. Alguien se parecía mucho a él, con aquellas salvedades de la barbita y del cabello de otro color. Y ese alguien, al parecer, era presidente de alguna parte. Además, debían de haberle asesinado. Eso resultaba evidente. Si aquel desconocido decía haberle visto muerto, es que ciertamente le vio muerto. Ahora creía estar en un error y haber reconocido al presidente en otra persona.

Podía seguir la farsa, podía dar su verdadero nombre... y podía, de otro modo, seguir dando cuerda al hombrecillo, sin, comprometerse él en un sentido o en otro, para ver en qué paraba la equivocación. Esto último es lo que hizo. Se dijo que acaso no era demasiado honesto el procedimiento. Pero habiendo un asesinato por medio, cualquier medio de ahondar un poco más en las cosas podía ser legítimo.

—Supóngase que yo no fuera el que usted cree —dijo con lentitud, dando a su voz un tono opaco, confuso, que dejaba vía libre a muchas especulaciones y sospechas.

—Pero lo es —aseveró el otro—. Yo tengo razones para saberlo mejor que nadie. Podía ser «el otro», sí. El que yo vi muerto, asesinado brutalmente. Pero no lo es. Eso carecía de sentido. Muerto el presidente, señor; es decir, muerto usted, todo fingimiento sería absurdo. En cambio, lo otro tiene más sentido. Mucho más.

—¿Lo otro?

—Sí, señor. Un sosia suple al presidente en el momento de ser aprehendido por los conspiradores. Ese sosia, como un «doble» perfecto que es, engaña incluso a los mismos asesinos que tienen órdenes de matar al hombre que lleva el poder en el país. Se le tortura y asesina sin la menor piedad. Misión cumplida. El cuerpo del presidente asesinado se quema. Sé que es eso lo que han hecho. Sus cenizas pasan al panteón oficial de la capital. Y el usurpador ocupa el poder. Aunque de modo temporal, claro está, en espera de que nuevas elecciones nacionales designen al siguiente candidato. Sólo que ese candidato será el que ellos desean, y no el elegido por el pueblo, que siempre creará que su presidente fue víctima de un accidente o de una enfermedad. Será la versión oficial que se dé, señor.

—Todo eso es fácil de calcular —mintió fríamente Spaad, sin quitar sus acerados ojos del otro hombre—. Hace falta saber si será también real.

El hombre dijo:

—Lo es, señor. Usted lo sabe mejor que ninguna otra persona. Es lo que han pretendido que sucediera. Es más, la versión oficial, hecha pública ayer por la Radiodifusión y Televisión locales, es la de que el presidente Fedor Neffels ha sido internado en el Hospital Nacional, para una delicada y grave intervención quirúrgica, que se debe realizar en breve plazo, puesto que la vida de su excelencia peligra.

—Es una versión plausible, después de todo. Da largas al asunto y permite ganar mucho tiempo precioso a los asesinos —opinó Rock Spaad con una

serenidad portentosa, totalmente dueño de sí.

—Justamente, señor. Tiempo. Es lo que ellos necesitan. Tiempo para todo. Para bloquear el poder, de un modo silencioso y aparentemente legal, que impida una funesta intervención del Consejo de Urgencia de las Naciones Federadas de la Tierra.

—No podrán mantener mucho tiempo esa situación —observó con voz grave Spaad, distendiendo sus labios en una sonrisa burlona—. A la larga, las Naciones Federadas se enterarán de lo que sucede en... en mi país.

Ignoraba de qué lugar estaba hablando el viajero misterioso. De esa forma, eludía citas comprometedoras y seguía pareciendo quien no era, pero sí quien su interlocutor imaginaba.

—Sí, eso tiene que suceder, indefectiblemente —suspiró el hombrecillo, con aire enigmático—. Pero tal vez entonces sea demasiado tarde para todo. Incluso para emplear la presión política, y hasta militar, contra nuestra patria, señor. Usted sabe bien todo eso. No finja conmigo.

—Yo no finjo —esta vez Rock Spaad no mentía, a fin de cuentas. Decía la pura y simple verdad. Sólo que de un modo, que el otro no la creería—. No he dicho que sea el que usted cree. Es más, puedo asegurarle que se equivoca. No nos hemos visto nunca, antes de ahora.

—Claro que no nos hemos visto —rio con amarga ironía el otro hombre—. Es decir, nos vimos, señor. Pero en posiciones muy diferentes a ésta de hoy. Entonces, usted era un hombre importante, en una terraza pública, sobre la Gran Plaza Central, dirigiendo la palabra a su pueblo. Y yo era uno más en ese pueblo, una simple cabeza entre la multitud, uno de los que vitoreaban a su excelencia, con auténtica fe y amor a la causa, que es la causa de mi gente y de mi tierra. Luego ya no volví a verle más, señor, hasta que le descubrí, azotado y torturado en las mazmorras, hasta que pude ver incluso su cadáver incinerándose en la cámara mortuoria del Palacio Presidencial... Pero, por fortuna, no era usted. Era un sosia, un duplicado. Un hombre que se sacrificó por el que había de dar justicia y paz a su pueblo, frente a las maquinaciones de seres como...

Hizo una pausa, miró en derredor y su voz se hizo ronca, al añadir:

—En fin, señor, es inútil citar nombres. Sabe a quién me refiero. Él será el dictador del país cuando las cosas le sean propicias...

Rock Spaad asintió. Empezaba a ver claro en todo aquel enredo. Pero había cosas que estaban oscuras. La suya era una curiosidad injustificada. Nada tenía que ver con él en aquel asunto. Incluso era posible que el pretendido parecido con el presidente no fuese tan grande como aseguraba el hombre de tez enjuta y cobriza. No le conocía lo suficiente para sentirse, plenamente seguro de ello, por lo que el propio hombrecillo dijese.

—¿Cómo pudo ver... ver a mi «doble» en las mazmorras, en la cámara mortuoria? —indagó tras un silencio, arriesgándose a hacer preguntas concretas que, tal vez, lo echasen todo a rodar—. No es cosa fácil entrar allí...

Era un tiro al azar, hecho a base de simple y fría lógica. Resultó atinado, puesto que el viajero del aerovía nórdico tragó saliva, inclinó la cabeza y confesó, tras un breve silencio lleno de inquietudes:

—Señor, yo... yo he sido hasta hace muy poco un enemigo del régimen de su excelencia...

Rock Spaad enarcó las cejas. Su mirada, curiosa y sorprendida, debió antojársele a su interlocutor amenazadora y llena de reproches, porque vivamente, con expresión de congoja, se apresuró a añadir, agitando las manos con ademanes nerviosos:

—¡Oh! señor, le ruego a usted que tenga en cuenta mi posición. Mis amistades eran todas contrarias al actual sistema de Gobierno. Políticamente, me hice entre ellos. Es natural que influyeran en mí. Mi difunto hermano, mayor que yo, también me coaccionó en ese sentido, hasta que tuve un criterio propio e inflexible, que me señaló otros caminos muy diferentes. Aunque siempre he cuidado mucho de revelárselo a ellos. Serían capaces de matarme. Son fanáticos, implacables en sus decisiones e ideas. Gracias a que me fingí de su misma idea seguí con vida y gocé de la confianza de todos ellos. Uno tiene amistades con los dirigentes del nuevo grupo que aspira al poder y que, secretamente, lo detenta hoy en día. Me llevó al Palacio Presidencial y lo vi todo. Horrorizado, he huido de allí en cuanto me ha sido posible. No quiero, no puedo aceptar la vida sojuzgado, en un país como el nuestro, donde ahora no hay más ley que la de ellos. ¿Comprende ahora, señor, cuál es mi punto de vista y por qué estoy en este tren aéreo, escapando de mis propios compatriotas?

Rock Spaad asintió. Sí, comprendía bien. Lo demostró al responder:

—Supóngase que ellos han descubierto ya su ausencia. Saben que usted vio cosas muy graves para su seguridad. Le perseguirán, le buscarán... y no con muy buenas intenciones.

—Lo sé —sonrió tristemente el hombre—. Ya deben de estar buscándome. Viajo con nombre supuesto, pero no creo que eso baste para confundirlos. Son muy listos. Como mastines que siguen a su presa, olfateando el terreno, ávidos de hincar los dientes en aquello que buscan, hasta convertirlo en una pulpa sanguinolenta. Les gusta derramar sangre. Es su oficio.

—¿Y si le encuentran?

—Me deportarán de nuevo al interior del país. O tal vez me ejecuten en el acto.

—O le torturen como a... a mi sosia hasta saber si contó a alguien cuanto conoce sobre la intriga de estado.

—Dios mío, no —palideció intensamente el hombrecillo—. No quiero que eso ocurra. Sería terrible... No por mí, sino por usted, señor. Conocen torturas que no hay hombre capaz de resistirlas. Utilizaban la electrónica moderna y todos los progresos científicos, para extraer la verdad de sus presos. El cerebro humano es como cera en sus manos. Hacen de él lo que quieren, sin que uno

sea capaz física ni moralmente de oponer resistencia. No quisiera jamás que, por mí, supieran ellos que el presidente existe todavía, que vive bajo otro aspecto... Si eso ha de suceder, prefiero que me mate, señor. ¡Quiero morir a sus manos, antes de traicionarle!

Inclinó la cabeza, sumiso, como si esperase el golpe de gracia. Rock Spaad, pensativo, indagó de repente:

—¿Cuál es su nombre?

—Doc Watmans —dijo, abatido, el hombrecillo.

—Bien, señor Watmans. En ese caso escúcheme. Creo que he pecado de indiscreto al seguirle la corriente, sin revelar la verdad. Pero dado el grave cariz del caso, es absolutamente preciso que yo le confiese la verdad. No está usted hablando con el presidente de su nación, cualquiera que ésta sea. No soy quien cree, ni jamás lo fui. No finjo ninguna otra personalidad, no he variado jamás mi aspecto físico.

—¡Oh! claro, señor, ¿qué otra cosa esperaríamos que dijera su excelencia si...?

—Déjese de tonterías de «su excelencia» y «señor presidente», señor Watmans. No hay nada de eso. Es muy posible que viera torturar, matar e incinerar al auténtico presidente... porque yo, no soy él, ni siquiera un «doble» suyo. Mi nombre es Rock Spaad y no tengo la más leve idea del país de donde usted procede, pero yo soy canadiense y tengo documentos que no dejan lugar a dudas sobre mi identidad. Lamento ser brutal en este sentido, pero compruébelo usted mismo.

Le mostró sus documentos. Los ojos de Doc Watmans se abrieron enormemente, llenos de sorpresa y confusión. Leyó con estupor los documentos, comprobó que la fotografía de Spaad correspondía a su efígie real y luego dejó caer la cabeza, con desaliento.

—Dios mío... —jadeó—. Dios mío, nunca hubiera podido pensar una cosa así... No es usted el «presidente»... y, sin embargo, se parece a él como una gota de agua a otra...

Spaad le contempló, ligeramente pensativo. Cuando le habló, lo hizo con expresión curiosa:

—Usted me parece un hombre de raza muy nórdica, quizá polar. Pero no atino a imaginar a qué país pertenece. Si me lo dice, tal vez pueda ayudarle de algún modo. Al menos, a huir de sus perseguidores...

—No se moleste, gracias —dijo con fatalismo el hombre—. Déjeme a voluntad del destino, Después de todo no pienso luchar contra lo que éste me reserve.

—¿Y por qué no? Es una locura no resistirse a morir, cuando se puede intentar evitarlo de alguna manera...

—Si el presidente ha muerto, tanto da ya —suspiró Doc Watmans, fatigadamente—. Vale más terminar también de una vez. Nada podremos

contra «ellos». Y ellos vencerán al final en nuestro país. Es mejor que no sepa nada. Ni de qué lugar se trata, ni quiénes son mis enemigos. O también su vida correría entonces peligro, señor... señor Spaad.

Parecía difícil sacar a aquel hombre de su convicción. Rock Spaad se encogió de hombros, tras mirar largamente al individuo, y terminó por decir:

—Está bien. Allá usted y sus problemas, señor Watmans. Hice cuanto me fue posible por ayudarle. Suya será la culpa de lo que ocurra... si es que ocurre algo.

—Ocurrirá —afirmó Watmans con estremecedora seguridad—. Ocurrirá muy pronto. Lo presiento, señor Spaad...

CAPÍTULO II

¡PELIGRO EN EL AIRE!



OCK SPAAD sorbió su enésimo «brandy». Él no era habitualmente muy bebedor. Pero este viaje tenía dos facetas que obligaban a beber: una, su aburrido transcurrir y la sensación del frío exterior, que, pese a la temperatura creada dentro del aerovía, se filtraba en uno, sólo con mirar hacia el brumoso, gris y helado panorama, más allá de las ventanillas ovales. Otra faceta que empujaba a Spaad hacia su buen amigo añejo, el «brandy», era la presencia del atribulado hombrecillo en su compartimiento.

Doc Watmans, desde que supo que sus esperanzas de ver con vida a su amado presidente eran injustificadas, cayó en un letargo de abatimiento y pesimismo, del que a Rock le fue absolutamente imposible sacarle. Tras varios intentos, desistió. Era como pretender sacar de «trance» a un hombre hipnotizado por un poderoso sugestionador. Y, evidentemente, nada sugestiona tanto como la realidad adversa, sobre un hombre condenado posiblemente a la peor de las suertes.

Al final, Spaad había preferido volver al bar y sentarse allí a tomar un «brandy». Se estaba bien en el vagón-bar y al menos no veía la atribulada faz del hombrecillo, con sus problemas políticos y humanos pesando como lastre de plomo sobre sus fatigados hombros.

De modo que bebió una copa, y otra, y otra. Era difícil que él llegara a sentirse mareado. Su cabeza se asentaba muy firme, encima de sus hombros. Aún podía resistir unos cuantos más, cuando el pequeño y nítido amplificador del bar anunció:

—«Aeroestación de Cambridge Bay, Isla Victoria. Salimos dentro de un minuto. Próxima estación, Lago Nettilling, Baffin Island».

Spaad, para celebrar aquello, pidió otro «brandy». Ya solamente quedaba un alto: el de Baffin Island. Luego, llegaba Groenlandia, término del viaje del aerovía. De allí a Islandia, tendría que tomar un espacio-bús especial, con destino a Reikiavik. Era el final de su viaje. Alegría familiar y el principio de un buen y merecido descanso.

Tras un minuto de espera en las pistas aéreas de la estación de Victory Island, el aerovía continuó su viaje por entre las brumosas alturas del norte. Se detenía el tiempo preciso para dejar unos viajeros y recoger otros. El servicio de estos vehículos de pasaje, era rápido y eficaz.

Spaad abonó sus bebidas y regresó al vagón con paso tranquilo, sin

ninguna prisa. En realidad, no le agradaba volver a enfrentarse con el taciturno, abatido viajero llamado Doc Watmans. Pero alguna vez tenía que ocurrir eso... a no ser que el tal Watmans se hubiese detenido en Isla Victoria, dejando allí el convoy aéreo.

Por el camino, Rock iba reflexionando sobre lo que le refirió el hombrecillo. Era una historia de intrigas políticas y crímenes de estado, que no le preocupaba gran cosa a él.

Si todo lo referido por él era cierto, las Naciones Federadas de la Tierra y su Comisión Especial de Investigación, serían las afectadas. A lo que parecía, el lugar donde sucediera esto era pequeño y no muy conocido. O a él le hubiera resultado familiar el nombre del presidente. Por cierto ¿cuál era ese nombre?

Doc Watmans lo había mencionado, era indudable. Rock Spaad le prestó tan leve interés, al serle desconocido, que lo olvidó por completo. Pasó revista mental a todos los jefes de estado que conocía, y ninguno apareció en su lista con un nombre similar, que hiciese recordar el olvidado.

Watmans no había dicho de dónde procedía. Él estaba seguro de que era nórdico, pero no escandinavo. Entonces, detuvo Spaad el hilo de sus pensamientos.

Estaba parado en el pasillo de su vagón, frente a la puerta del compartimiento. Dos hombres, parados ante ésta, con maletines, trataban de entrar, empuñando uno de ellos el pomo de entrada, para deslizar la puerta.

—Señores, por favor —avisó Rock secamente—. Ese compartimiento está ocupado...

Los dos hombres volvieron vivamente la cabeza y miraron al recién llegado con expresión malhumorada.

Cambiaron una mirada ambos, y luego, el que empuñaba el pomo de la puerta, lo soltó con una leve sonrisa.

—Usted perdone, señor. Acabamos de subir en Victory Island y pensamos que...

—No, hay ningún sitio libre en mi compartimiento —explicó Spaad, algo más amable—. Pero encontrarán muchos, más adelante.

Asintieron, con un movimiento de cabeza. El uno le dijo al otro con firmeza:

—Vamos, Urk. Encontraremos otro sitio. Sé que te gusta este punto de los vagones, pero ya has oído al señor: está ocupado...

Saludaron con cortés inclinación y se alejaron. Uno de ellos, el llamado Urk, al pasar los dos hombres junto a Spaad, le miró con cierto gesto de indefinible sorpresa. Luego, dominándose, giró la cabeza y los dos siguieron adelante.

Rock les vio alejarse. En su mente bullía una idea acerca de algo. Tal y como hablaron aquellos dos hombres parecía perfectamente natural. Pero a Rock había algo que no le había gustado mucho en todo ello. El que habló al tal Urk, sobre su preferencia acerca de ciertos compartimientos de tren, no

parecía sincero. Daba la impresión de estar recitando un mal pretexto que diera visos de lógica a su predilección.

Pensándolo bien, los dos hombres tenían algo en común con una persona que conocía él: la tez cobriza, el cabello negro, muy liso... los ojos, levemente orientales... Se parecían notablemente a su compañero de compartimiento, Doc Watmans.

Abrió. En el acto, lanzó una exclamación de estupor y alarma. Rápido, cerró tras de sí, aseguró el pestillo de la puerta y se abalanzó sobre Doc Watmans.

No sabía si estaría ya a tiempo de nada. Watmans reposaba sobre un charco de sangre, en el asiento del compartimiento donde estuviera siempre. Su cabeza aparecía hendida en la nuca, con un potente golpe. Bastaba ver su rostro lívido, crispado, el vidrioso tono de sus ojos, para comprender que si no estaba muerto, se hallaba en las fronteras mismas de la muerte.

—Se... ñor... —jadeó, al inclinarse él sobre su rostro convulso—. Se... señor...

—Cálmese —dijo roncamente Spaad—. Ya he llamado a un médico. Le atenderá enseguida... Ahora, no se esfuerce...

Estaba mintiendo. Spaad sabía muy bien cuándo una herida era mortal. Y ésta lo era. Lo malo es que también lo sabía el moribundo. Meneó la cabeza con energía y farfulló:

—Me... me atacaron... esos... ase... sinos...

—¿Quiénes, Watmans? —inquirió Spaad, con tono de urgencia—. ¿Quiénes son ellos?

—Gente... gente del... del... «Dicta... dor»... —jadeó el infortunado viajero—. Me localizaron... me golpearon brutalmente... ahora mismo... se fueron...

Spaad preguntó:

—¿Eran dos hombres morenos?

—S... Sí...

Spaad apretó los labios con ira. De modo que habían sido esos dos. No pretendían «entrar» en el compartimiento, sino que acababan de «salir»...

—Serán juzgados. Y castigados, Watmans. Esté seguro de ello —observó la sangre que corría por la comisura de sus labios y encajó las mandíbulas con gesto impotente. El hombrecillo se moría por momentos—. Usted repose, amigo... Pero, dígame, ¿de qué país procede usted? Me gustaría saberlo... para ayudarle.

—Nadie... puede ayudarme ya... —musitó el pobre Doc Watmans—. Pero usted... usted puede intentar... que ellos paguen... su crimen... y mi país se libre del horror que le... amenaza...

—Se lo prometo, Watmans. Hable, hable, por Dios... Sólo eso y le dejaré descansar.

—Sí, descansar... para siempre... —dijo con lentitud el hombre—. Gracias por todo, Spaad. Usted... usted es... bueno. Tome mi maletín... y llévese mi televisor de bolsillo... Lléveselo. Es suyo. Cuídelo, porque... porque... ¡Spaad,

Dios mío...!

Se irguió, convulso, dilatados sus ojos. Dijo algo en un lenguaje rápido y monosilábico, antes de tener un violento espasmo, vomitar sangre y rodar de bruces sobre el asiento. Estaba muerto.

Rock Spaad, rápidamente, se incorporó. Miró a la valija del hombrecillo. La abrió sin perder momento. Allí estaba el objeto mencionado. Un supertransistor, de televisión local, para llevar a cualquier parte, del tamaño de un libro corriente, alimentado por batería nuclear inextinguible en años. Un curioso juguete y un bello objeto para llevar consigo la TV a cualquier lugar del mundo. Pero ¿por qué Watmans se la daba a él? ¿Fue un delirio, una simple desviación de sus ideas, ensombrecidas por el dolor y la muerte, hacia el objeto que acaso apreciaba más?

Contempló el televisor, de poco fondo y reducida pantallita, todo él en metalplast azul y plata, con botones y mandos muy pequeños pero manejables, en tonos brillantes.

Luego, súbitamente, miró hacia la puerta, manteniendo el televisor en su mano, asido por la larga banda o asa de plástico flexible e irrompible que lo hacía manejable para llevar a cualquier sitio.

La persiana estaba cerrada, pero la luz del corredor, más intensa que la del compartimiento, le permitía ver las sombras de cuatro piernas, plantadas ante la puerta, visibles sus zonas oscuras en la rendija luminosa de la parte inferior.

Rock Spaad se humedeció los labios, con sus nervios tensos como cuerdas de guitarra. Aquellas piernas sólo podían ser de dos personas: los asesinos de Doc Watmans.

Y él estaba allí dentro, con un absurdo televisor de bolsillo en la mano, y sin saber qué hacer, dado lo sorprendente y anómalo de las circunstancias.

Pero Rock Spaad se sobreponía a los avatares de la vida con la misma rapidez mental y física con que se sabía enfrentar a ellos, llegado el caso.

Rápidamente, metió el televisor en su propio maletín, no muy cargado de objetos, y sumamente ligero para el traslado. Del mismo maletín suplió el objeto que sujetaban sus dedos anteriormente, por otro mucho más eficaz, dadas las alarmantes circunstancias por las que pasaba: una pistola magnética, de rojo metal, capaz de disparar varios proyectiles que paralizasen al enemigo instantáneamente, sin matarle.

Recordó que Doc Watmans le confundió, al verle, con el presidente de su país. Y recordó, asimismo, el veloz gesto de sorpresa del individuo llamado Urk, al pasar junto a él. ¿Es que también los asesinos de Watmans habían confundido su rostro con el de aquella otra persona a la que, al parecer, tanto se asemejaba?

Si esto era así, la situación sería aún más grave. Los asesinos podían tener interés en eliminar a quién había visto a un hombre asesinado, y sabía quiénes hicieron el crimen... Pero quizá mucho más, por la razón de que aquel hombre se pareciese tanto al presidente que ellos mismos habían eliminado. ¿Y si pensaban igual que Watmans? Entonces, les urgía eliminar al supuesto

presidente...

Rock Spaad no tenía muchas salidas. Éste no era un viejo tren, del que se pudiera saltar fácilmente al exterior, con más o menos riesgo. Aquí, si saltaba, había de ser con el salvavidas-paracaídas de emergencia, situado sobre su asiento, a base de un turborreactor de acción opuesta a la de la gravedad, que iba reduciendo así la caída del ser humano hacia el suelo. Pero ¿y si el suelo, bajo el aerovía, era ahora uno de los golfos, estrechos o grandes, lagos que rodeaban la Isla Victoria, en el punto más septentrional del continente americano? Él era canadiense, conocía bien la región que desfilaba bajo el aerovía. Dada la altura y velocidad de éste, el riesgo de ir a parar a un helado mar, en vez de pisar tierra firme, era de cerca un ochenta por ciento, al menos.

A Rock no le gustó demasiado la idea de que un precario veintidós por ciento favorable pusiera en peligro su vida. Aquél no era el medio ideal de eludir la muerte segura, a manos de los asesinos.

Por tanto, era mejor enfrentarse a éstos. Con todas sus consecuencias.

Avanzó hacia la puerta y la abrió de golpe, enfrentándose a los dos individuos. Éstos pegaron un respingo. Le miraron fijamente y llevaron sus manos a los bolsillos, con celeridad casi profesional.

—Cuidado, amiguitos —avisó glacialmente Rock—. ¿Han observado lo que llevo conmigo?

Los dos lo observaron ahora. Y, con la misma rapidez, alejaron sus manos de los bolsillos, ante el arma ene esgrimía la diestra de Spaad.

—¿Por qué nos apunta, señor? —inquirió el llamada Urk, con la mayor serenidad, reaccionando ante la emergencia—. Mi amigo y yo hemos vuelto, porque sigue gustándome este punto del vagón y quisiera...

—Si tanto les gusta, ahora tienen un sitio disponible —avisó glacialmente Rock—. El del hombre a quien ustedes han asesinado hace un momento. Pueden ocuparlo, hasta que la policía les arreste en Baffin Island. Voy a dar cuenta inmediatamente al agente de la autoridad en este tren...

Los dos individuos entraron en acción simultáneamente. Y era evidente que con tal acción, como calculada ya previamente, para casos así, demostraban su fanatismo, su decisión de cumplir la misión asignada, a costa de la propia vida... Mientras otro quedase en pie, el sacrificado caía gustoso. Gente peligrosa y difícil de vencer aquélla.

El que no hablaba se abalanzó vertiginosamente sobre Spaad. Lo hizo de forma rápida, cubriendo por completo el radio de acción de la pistola magnética. Era más corpulento y logró su objetivo. Spaad disparó una ráfaga sibilante, de energía magnética, envaró sus músculos y nervios, le dejó rígido, inmovilizado ante él.

Pero ya Urk, aprovechando la situación al máximo, sin desperdiciar un solo segundo, saltaba detrás, alzando la de forma extraña su mano, con los dedos extendidos.

Spaad, con una imprecación, luchó en vano por encontrar un hueco para hacer el disparo. Imaginó que la acción de la mano de Urk tenía algún

sinistro significado. Y así fue. Él, pese a su esfuerzo, no pudo hacer nada por impedirlo.

Del anillo de gruesa piedra que aparecía en el dedo anular de la mano de Urk brotó de súbito una llamarada viva, cegadora, de blanquísimo destello, que hizo cerrar los ojos al joven Spaad, totalmente deslumbrado. Disparó de nuevo su pistola, pero el rayo paralizante solamente hizo impacto en el cuerpo ya inmovilizado del otro hombre. La luz de la pila concentrada de aquel anillo, especial para situaciones difíciles, en las que convenía cegar al contrario, le había dejado incapaz de ver nada. Las luces del aerovía, tras ese centelleo, parecían difusas y turbias, las formas aparecían en sombras ante sus retinas.

Urk cayó sobre él. Le golpeó en el cráneo con algo sólido y contundente. Spaad cayó pesadamente al suelo del compartimiento. Con celeridad, Urk introdujo en éste, junto al cadáver de Watmans, al inconsciente Rock Spaad. Luego, hizo lo mismo con su compañero paralizado. Sabía que cuanto intentase por devolver a su amigo la movilidad era inútil. La doble carga recibida tendría una duración de varias horas en sus efectos.

Cerró cuidadosamente la puerta del compartimiento y comprobó que la persiana estaba herméticamente ajustada. Después, su mano armada se elevó, apuntó con una pistola térmica a Rock Spaad, inconsciente e incapaz de defenderse de la muerte segura que se cernía sobre él.

—Maldito entremetido... —farfulló—. Urk Llegó a hacerme creer que el presidente no había muerto... Pero no hay duda: no es él. Éste tiene el color de cabello natural. No es un tinte. Ni tampoco los ojos son del mismo tono. No hay disfraz que altere el color de unos ojos... Pero sabes demasiado, estúpido. Tengo que matarte...

Su dedo se movió en el resorte de disparó. Iba a disparar sobre Spaad una carga térmica que le abrasaría en pocos segundos. Nadie podía salvarle. Los ojos, única parte del cuerpo que su camarada tenía capacitada para moverse, giraron en las órbitas del paralizado, presenciando la que iba a ser muerte segura de Rock Spaad..

CAPÍTULO III

CONTRA LA MUERTE



OCK SPAAD entreabrió sus ojos. El golpe de Urk no había sido demasiado fuerte

Y sus efectos comenzaban a pasarse ya.

Lo primero que contempló fue el orificio del cañón del arma, apuntando hacia él. Detrás del arma, que en el acto identificó como una pistola térmica, pese a su aturdimiento, vio la faz convulsa de Urk. Iban a matarle, dentro de un segundo solo sería un cuerpo achicharrado por una carga capaz de derretir de puro calor las planchas de sólidos metales.

—Voy a matarle —dijo Urk fríamente—. Sabe demasiado. Y se parece mucho a alguien.

—¿El... presidente? —sonrió Spaad, con amargura, sin moverse de su sitio, arrinconado, no lejos del cadáver ensangrentado del pobre Watmans.

La faz de Urk se tornó cauta. Sus ojos malignos estudiaron a Spaad con aire confuso, receloso.

—¿Qué sabe de eso? —inquirió.

—¿Y qué puede importar? —Spaad se encogió de hombros—. Dispare, Urk. Ahí termina todo. Lo que yo sepa irá conmigo a la tumba. Eso lo deja todo resuelto, ¿no es cierto?

—Supongo que sí —suspiró Urk, convencido—. Bien, amigo curioso. Éste es su final... Buen viaje al infierno.

—¡Oh! pronto nos reuniremos por allá, no se preocupe —dijo Spaad, con lúgubre humorismo—. Sé que no tardará en seguirme.

—Se equivoca —rio Urk—. Estoy muy seguro en este mundo.

—Tal vez. Vamos, dispare. Está perdiendo el tiempo. Vivo, soy un peligro para usted.

Urk achicó los ojos. Su dedo oprimió el botón de disparo.

Pero apenas si la presión fue iniciada. Deteniéndose de nuevo, las pupilas malévolas trataron de ahondar en el interior de Rock Spaad.

—Parece estar muy deseoso de que le maten —argumentó, sutil.

—¡Oh! es natural. Deseo descansar cuanto antes, no sufrir más este dilema entre vivir y morir...

—Miente —dijo, helada, la voz de Urk—. Y mintió antes también.

—¿Antes? —Spaad puso un gesto de inocencia—. No lo entiendo...

—Me entiende perfectamente. Está deseando morir. Ha dicho que vivo, es

un peligro para mí. ¿No será eso... precisamente cuando esté muerto?

—Eso es una tontería, Urk... Vamos, dispare y deje de charlar. Me aburre usted.

—¡Váyase al diablo! —aulló Urk, mordiéndose el labio inferior con ira—. Sólo desea que le maten. A su modo, es como nosotros. Todo, antes que perder la batalla. La muerte no significa nada, si la causa sigue adelante. No es el presidente, porque yo sé cuál es su color de ojos y sé que su cabello es de color natural, distinto al del presidente. Pero conoce al presidente. Y actúa como uno de sus malditos leales. Va a morir gustoso. ¿Por qué moriría usted gustosamente, sin resolver nada?

—Sí, ¿por qué? —rio Spaad—. Eso digo yo. ¿Va a resolverme la incógnita?

—¡Cierre el pico! —furioso, le golpeó de través con el cañón del arma. El impacto, en la faz de Spaad, fue tan violento que rasgó su piel y ésta goteó sangre. El gesto de ira del joven viajero del aerovía fue dominado a duras penas. Urk proseguía—: Está mintiendo todo el tiempo, maldito sea. Usted quiere morir para no revelar lo que sabe.

Spaad dijo:

—Lo que yo sé no le preocupará a usted cuando muera.

—¿No, eh? —Urk, furibundo, se inclinó sobre él. Le golpeó de nuevo. Esta vez sangró por un labio partido. También se dominó Spaad muy bien, pese al intenso dolor, y a que el labio derramó sangre por sus ropas—. ¡Ahora hablaré yo, cerdo estúpido! ¡Usted era amigo y compinche de Doc Watmans! ¡Él debió de entregarle la película!

—¿La película? —inquirió Spaad, manteniendo su sangre fría, y hablando a costa de dolorosos tirones en el labio partido—. Oiga, amigo, yo no me dedico al cine. Tal vez equivocó a su hombre...

—¡Sabe muy bien de qué película hablo! —gritó Urk, descompuesto, como disponiéndose a machacarle con rudeza, a golpes de pistola—. ¡El film que tomó Watmans! ¡Las escenas que él ha grabado y quería ofrecer al Comité de Investigación de las Naciones Federadas! ¡Yo sé que existe una película! ¡Y ésa la tiene, perro maldito!

—Está borracho, Urk. Jamás oí tonterías semejantes —suspiró Spaad—. Vamos, dispare y descansaré de verdad, sin oír su asquerosa voz de beodo...

Otra vez se alzó la pistola sobre la faz de Rock Spaad, para golpearle brutalmente. Era tal su ira que, insensiblemente, había llegado a confiarse en exceso, y no temer nada de su vencido enemigo. Eso, ante un hombre como Rock Spaad, era un tremendo error.

Súbitamente, Spaad estiró sus piernas, encogidas poco antes, como en un intento de cubrirse de los golpes. Los dos pies, como un proyectil, se dispararon hacia delante, con toda la fuerza física de su ser, concentrada en aquel movimiento decisivo.

El impacto llegó con virulencia, y alcanzó precisamente en el estómago y pecho a Urk. El tipo chilló como una rata, cayendo atrás con violencia. Su

mano pugnó por cambiar de posición la pistola, para disparar sobre Spaad; pero estaba falto de aliento y de energías tras el mazazo de las recias botas de Rock, y los dedos soltaron el arma, que rodó silenciosamente por el suelo alfombrado de espuma, del comfortable compartimiento.

Para entonces Rock Spaad estaba ya incorporándose de un salto y se abalanzaba a por el arma perdida por el adversario. Urk, entretanto, demostró ser un tipo fuerte. Se rehacía ya del duro golpe sufrido... y en vez de disponerse a recuperar su arma, levantó la mano sin duda con la intención de repetir el fogonazo de su pila concentrada, en el anillo eléctrico.

Spaad sabía lo que eso significaba. Era una potencia luminosa excesiva, cargada contra sus ojos. Le cegaría, aunque cerrase los párpados, dejándole de nuevo a merced del adversario. Y ahora, sin la menor probabilidad de impedir la muerte cierta... Urk ya no volvería a confiarse, una vez le tuviera a su merced.

Rock lamentó tener que hacerlo. Pero, después de todo, se trataba de su vida... o la del hombre que mató a Watmans. Y optó por la suya propia.

Apretó el resorte de disparo. La carga térmica brotó, con un chorro sibilante de luz azul. Urk aulló, con ojos desorbitados, agitando su mano, que llegó a despedir un fogonazo deslumbrante. Rock se cubrió con un brazo, pero aun así, la potencia luminosa siguió ante él, tras haberle cegado, imposibilitándole de cualquier acción.

Cuando sus ojos, lentamente, volvieron a la normalidad, no quedaba nada de Urk. O casi nada. Solamente un cuerpo carbonizado, deforme, como si millones de voltios hubieran pasado por él.

Rock Spaad miró al enemigo muerto, y luego a su compañero, aún paralizado, sólo capaz de ver y de entender lo que sucedía ante él, pero sin poder tomar parte activa, sin poder mover ni siquiera sus cuerdas vocales o sus labios. Solamente sus ojos, girando con expresión de mudo horror en sus órbitas, tras el desenlace de la contienda.

—Se terminó el juego, amigos —dijo con dureza Spaad—. Algo ha funcionado mal para vosotros, ¿no es cierto? Especialmente, que yo fuese un tipo difícil de eliminar. Después de todo, me las he visto antes con muchos tipos peores que vosotros. Sólo que en esta ocasión aún tuvisteis la suerte de sorprenderme desprevenido. Es una lástima para vosotros que no supierais aprovecharla...

El compañero de Urk no podía hablar ni dar a entender una respuesta. Pero sus ojos evidenciaron su desesperación por lo que decía Spaad. Después de todo, eran gente que si fracasaban en una misión lo tenían todo perdido. Cualquiera de ellos hubiera dado gustoso la vida por realizarla a su gusto. Lo malo era que uno perdió la vida estérilmente, y el otro estaba reducido a la impotencia, bajo los efectos de la carga paralizadora.

—Ahora, las autoridades se harán cargo de vosotros —siguió Spaad, mirando al infortunado Doc Watmans, muerto en su asiento del aerovía—. En Baffin Island nos detendremos lo suficiente para que la policía se haga cargo

de todo esto...

El muchacho había triunfado.

Spaad, tras esto, se acomodó, con un suspiro, aguardando la llegada del aerovía a Baffin Island, para informar a las autoridades de lo ocurrido a bordo. Era preferible así, a dar la alarma ahora, lo cual conmovería a todo el tren innecesariamente. No era ningún histérico que perdiese fácilmente las riendas de una situación, por falta de serenidad. Nadie tenía, después de todo, por qué enterarse del dramático lance ocurrido en el aerovía nórdico.

Pero Rock Spaad cometió un ligero error. No vigilar muy de cerca la expresión de su paralizado cautivo, en la única parte viva de su cuerpo que aún se movía: los ojos.

De haberlo hecho, hubiese observado que, cuando pronunció Baffin Island, las pupilas del hombre centelleaban un segundo. Y tenían una evidente expresión de triunfo...

* * *

El agente de policía de servicio en el aerovía comprobó los documentos de Rock Spaad. Luego, miró a éste con atención, meneando la cabeza de modo afirmativo.

—Entiendo, señor Spaad —dijo—. Se cursará su mensaje enseguida. Entretanto, yo me haré cargo del prisionero y de los dos cadáveres. Ha hecho muy bien en no informar públicamente ni dar la voz de alarma. Los viajeros se hubieran asustado, y tal vez la Compañía de Aerovías hubiese sufrido las consecuencias en sus intereses comerciales.

—Sí, ya sé cómo manejar situaciones así —sonrió Spaad—. No es justo dañar a nadie por culpa de unos asesinos que actúan al servicio de intereses políticos. Me gustaría saber de dónde proceden estos hombres.

—Y a mí —rezongó el policía del aerovía—. Pero creo que lleva documentación falsa el tipo que usted ha aprehendido. Figura como natural de Islandia. Estoy seguro que no lo es.

—También yo. Tengo familia en Islandia. Conozco aquello. Ese hombre no habla con acento islandés, ni tiene su aspecto físico tampoco. Su compañero, el que abrasé con la carga térmica, tampoco.

—Bien, ya resolveremos al efecto —dijo el agente—. Usted sabe que las autoridades se cuidarán de averiguarlo.

—En eso confío —sonrió Spaad.

El aerovía, se estaba deteniendo ya en Baffin Island. Los altavoces lo indicaron así. Debidamente esposado, el compinche de Urk iba a ser conducido por el policía del aerovía.

—¿Lo bajan aquí, en Baffin? —inquirió Rock.

—No. Lo llevaremos con nosotros a Groenlandia. Allí, el Departamento Legal del Norte se cuidará de él y de averiguar quién es y de dónde procede. Usted no tiene que preocuparse más por él, señor Spaad.

—Así lo espero —suspiró el joven, retrepándose en el asiento—. Estoy de vacaciones. No quisiera que se estropearan tan pronto, ya que apenas si he empezado a disfrutar de ellas...

El policía sonrió, saliendo con su prisionero, camino de un compartimiento especial, sin duda en el vagón de correo y servicios. Era buen momento de trasladarle. Un sobretodo, cubriendo las manos esposadas, impedía que nadie se apercibiese de lo ocurrido. Y el paso de algunos viajeros que se quedaban en Baffin Island, y otros que subían al convoy aéreo, impedían que su paso pudiera llamar la atención de nadie.

Rock Spaad se dispuso a dormir un poco, hasta el final del viaje. No porque estuviera totalmente libre de preocupaciones. Después de todo, dentro de su maletín iba un televisor de bolsillo que podía significar algo. Por lo menos, Doc Watmans lo demostró así al morir. Por otro lado, Urk y su compinche buscaban algo. Algo que, para ellos, era sumamente precioso, quizá la auténtica razón de que hubiera muerto Watmans violentamente, a bordo del aerovía nórdico: una película, un film tomado por Watmans en alguna parte.

Spaad evocó algo. Watmans había hablado del presidente asesinado y torturado previamente. Él estuvo en las mazmorras de algún Palacio Presidencial, en cierto país del que ni siquiera tenía aún la menor idea... Acaso Watmans llevó su celo a tomar en una película muy sensible, y con cámara microscópica, que no despertara sospechas, imágenes del crimen de estado que presenciara. ¿Era ése el eje en torno al cual giraba la incógnita de aquella intriga internacional?

Era muy posible que sí. Y él hubiese podido quedar automáticamente desligado de todo problema, sólo con entregar el televisor de bolsillo al policía del aerovía. Pero algo le movió a no hacerlo. Si ese film existía, y Watmans lo ocultó en el pequeño televisor, debía de ser él quien lo llevara consigo. Así lo deseó el dueño del objeto, en su momento postrero. Además, no podía entregarlo a personas más capacitadas para sacar algo en limpio de todo aquello...

—Disculpeme, señor. ¿Puedo sentarme en este compartimiento? ¿O está ocupado el asiento?

Casi con sobresalto, Spaad se vio arrancado de sus reflexiones y alzó la cabeza, sorprendido. Se encontró con la persona que había hablado. Miró por un momento de soslayo al asiento de espuma. No había rastros de sangre ni de seres muertos violentamente. El policía y los dos empleados del tren que se llevaran interiormente los cuerpos sin vida, hábilmente ocultos en unos carritos de los que se utilizaban para servir m midas y bebidas a los compartimientos del aerovía, con cámaras frigoríficas cuadrangulares — donde los cuerpos habían sido bien encajados— habían hecho la labor de limpieza a conciencia.

—Sí, puede sentarse, señorita —respondió serenamente Spaad, señalando el asiento—. No viajo más que yo solo en este compartimiento.

—Gracias, señor —dijo ella. Y entró, con su pequeño maletín rojo y negro.

Era una mujer muy joven. Y muy hermosa. Tenía unos asombrosos, rasgados ojos del color del ámbar. Su largo cabello era sedoso, de un tono casi azul, de puro negro y tornasolado en sus reflejos azulinos. La magnífica, impresionante figura, juvenil y pletórica de insinuantes curvas, era alta, esbelta, llena de feminidad, flexible, grácil y, a la vez con opulencias suaves y turbadoras, enfundadas en un vestido de sedaplast color plata, que se ceñía a sus líneas como una segunda piel.

Entró, pisando, suave, silenciosamente. Rock Spaad pensó que era lo más parecido a una pantera o un jaguar, que viera en su vida. Pero con la belleza salvaje e inquietante de cualquier felino selvático y cruel.

Ella dejó su maletín sobre el soporte de equipajes. Sentándose ante Rock Spaad y le sonrió con los rojos labios gordezuelos. Sin embargo, los ojos ambarinos no sonreían. Eran graves, casi taciturnos. Le miraban con una curiosidad fría, distante.

—Casi pierdo el aerovía —explicó, innecesariamente.

El aerovía se movió, avanzó, tras un sonido sibilante de aviso. Estaba en marcha. Spaad afirmó con la cabeza.

—Sí, ya veo —dijo—. No le sobró mucho tiempo.

Ella miraba por la ventanilla oval, hacia el exterior. Spaad, que la observaba de reojo, se dijo que era una mirada algo extraña. Como inquieta, pero a la vez singularmente calmada. Era igual que si la hermosa desconocida fuese feliz de hallarse a bordo del aerovía... porque algo del exterior le provocase miedo.

El aerovía aceleraba ya, avanzando por entre nórdicas nubes grises, a buena marcha, hacia la etapa final de su viaje, en Groenlandia. Spaad se dijo que había salido ganando ahora con el cambio de pasajero. Era agradable ver ante sí a una mujer como aquélla, después de los horrores sufridos. Lástima que el viaje tocara pronto a su fin. Spaad siempre había dicho que una de las cosas más hermosas del mundo, y con la que más merece la pena perder el tiempo, aunque no se disponga apenas de él, es precisamente con una mujer...

Rock Spaad desvió sus ojos de la joven viajera que compartía ahora el departamento del aerovía. Era mejor no fijarse demasiado en ella, después de todo. La belleza resulta siempre peligrosa. En especial, cuando uno no puede alcanzarla. Ése era el criterio de Rock, en lo referente a las damas como aquélla.

Sin querer, volvieron sus ideas a todo lo recientemente sucedido. El azar le había mezclado en un buen enredo de alcance internacional. Posiblemente en un problema de graves consecuencias posteriores.

Eran asuntos de complicada resolución. En otras circunstancias, hubiera sido el primero en dudar, en no inclinarse por unos u otros, ya que era un problema de estado que a él no le tocaba en absoluto. Al menos, en teoría. Pero en la práctica, las cosas habían sido muy diferentes.

Doc Watmans, que simbolizaba uno de los grupos en lucha, el leal al Presidente, había sido un hombre noble y honesto, le habían asesinado. Urk y su compañero eran los representantes del otro grupo. Asesinos.

Habían matado a Watmans. Estuvieron a punto de matarle también a él. Por tanto, su elección no era difícil. Estaba junto a Watmans en espíritu. Y si a alguien tenía que ayudar, de aquel país que ni siquiera sabía cuál era... ese alguien sería siempre el presidente.

Y con él, a sus leales y amigos.

Todo sucedió de repente. Fue un embate violento, áspero, estremecedor. Un choque súbito con algo, un bamboleo brutal en el aire, y un grito, quizá cien gritos unidos. A la vez, las luces del aerovía oscilaron, terminando por apagarse.

Tras una pausa, se encendieron las de emergencia, con su claridad anaranjada. Rock se encontró en el suelo del compartimiento, aferrado a uno de los asientos del convoy, y vio tendida, semiinconsciente, a la joven del traje de plata ceñido al cuerpo, pugnando por reaccionar, tras un duro golpe con el muro, en su sien derecha.

—¡Atención! ¡Atención, pasajeros! —avisó una voz urgente, por los amplificadores del tren—. ¡Un choque con otro vehículo sin identificar, y sin permiso oficial de vuelo, ha provocado graves averías! ¡Abandonen todos el aerovía, con sus equipos salvavidas, para grandes alturas! ¡Atención todos, abandonen lo antes posible el aerovía...!

Rock Spaad se lanzó a por su propio salvavidas y paracaídas, colgado del muro, al lado de su asiento. Se lo aplicó con rapidez, con gestos seguros, serenos, mientras sentía que el convoy, quizá herido de muerte en el choque, oscilaba y saltaba por el espacio, sobre las nubes, a punto de consumarse el desastre definitivo.

Una vez sujeto el salvavidas a su cintura y hombros, miró a la joven de cabellos negro-azulados. Su salvavidas colgaba cerca de ella, pero tan, inútil como si estuviese a mil millas. La muchacha nunca lo tomaría, le faltaría tiempo vital para ello y, mucho más aún, para aplicárselo y salvar su existencia lanzándose al aire.

Dio un brinco, aferrando el turbo-cinturón, que salvaría la vida de la viajera, si lograba saltar fuera del aerovía antes de que cayera vertiginosamente hacia tierra.

Rodeó a la joven con las correas, las ajustó firmemente, y luego giró la válvula de salida del turborreactor que evitaría el choque mortal del cuerpo contra el suelo.

Se incorporó a medias, mirando por la ventanilla ovalada. Perdían altura, pero no demasiada. Parecía relativamente fácil salvarse del inoportuno accidente.

Pero solamente lo parecía. De repente, los amplificadores lanzaron otra noticia alarmante, de suma urgencia:

—¡Atención, viajeros! ¡Atención todos! ¡Varias espacionaves de grandes dimensiones se lanzan sobre nosotros! ¡Carecen de emblemas o distintivos, pero su objetivo parece ser el choque con nosotros! ¡No hemos logrado impedir que frenen el vuelo ni se desvíen! ¡Todas las llamadas por radio son inútiles! ¡Atención, abandonen el aerovía, o todos perecerán en él...!

Fue todo cuanto pudieron informar a través del servicio de altavoces. Un nuevo embate formidable y violento sacudió el aerovía y apagó también las luces de emergencia, dejándolo todo en tinieblas. Por las ovaladas ventanillas, penetró el resplandor de una llamarada formidable, al chocar el convoy de viajeros con otra nave espacial.

Rock Spaad se sintió lanzado, golpeado de muro en muro, hasta rodar de bruces, junto a la muchacha. El borde de metal de la puerta del compartimiento le hirió de refilón en el rostro y la sien. Sintió la sensación de vacío en el estómago que se acostumbra a experimentar cuando uno descende a plomo contra el suelo. Que debía de ser, justamente, lo que estaba sucediendo.

Allí estaban ellos. En un vehículo aéreo, que acababa de sufrir dos impactos mortales con otras naves espaciales. Demasiados choques para ser casuales. El choque fue provocado y tenía un objetivo concreto: derribar el aerovía, con todos sus pasajeros a bordo. Ese objetivo, desgraciadamente, parecía haberse logrado.

Porque estaban cayendo. Y ahora iba a ser muy difícil salvarse de la suerte final, en el choque contra la superficie del mar o la terrestre. Los agresores del cielo habían logrado su empeño. Rock Spaad imaginó quiénes podían ser esos agresores misteriosos: los mismos que antes logaran acabar con Doc Watmans. Ahora su misión debía de consistir en impedir que el prisionero paralizado por el disparo de Spaad llegara a poder de las autoridades. Y también que el famoso y anhelado film de Watmans saliera alguna vez a la luz.

Por las apariencias, era una misión cumplida.

Y lo peor de todo era que ello implicaría también su propia muerte, la de una mujer hermosa, recién subida al aerovía... y la de cientos más de personas que viajaban en aquel convoy aéreo...

CAPÍTULO IV

¡A LA DESESPERADA!



AS llamadas de socorro del aerovía siniestrado cruzaban el éter, en busca de receptores que las captaran. Era indudable que eso sucedería en uno u otro lugar. Y que algunas aeronaves acudirían en auxilio lo antes posible. Pero cuando ello ocurriese, sería ya demasiado tarde. El aerovía estaría entonces destrozado y todos sus tripulantes y pasajeros sin vida.

Rock Spaad sabía eso. Lo supo en todo momento, mientras sentía el impacto físico de la vertiginosa caída hacia tierra. Por ello actuó con absoluta urgencia, a la desesperada, apurando cada uno de los preciosos segundos de que disponía, y que ciertamente no eran muchos, si quería salvar su vida. Y también la de su bella compañera de compartimiento, a quién en justicia no podía dejar allí, a su horrible suerte.

Reptó por el suelo del bamboleante vehículo aéreo, mientras sentía el sibilante chorro de reacción de los vehículos agresores, desfilando junto al convoy siniestrado, antes de alejarse tras de su criminal hazaña. Evidentemente, los asesinos del aire querían estar bien seguros de que nada podían hacer los atacados por librarse de su destino.

Rock alcanzó el botón de emergencia, que al ser presionado, abría una portezuela de urgencia en el muro del compartimiento, hacia el exterior. Presionó el botón, pero se debía de haber atascado el mecanismo, porque no funcionó, no cedió a su presión, ni se abrió puerta alguna.

Los segundos se agotaban, y acababa de fracasar su último y desesperado intento. No había tiempo para más, y sería inútil pretender buscar la salvación por el lado del corredor del vagón. Carecía materialmente de tiempo para ello.

La joven se agitaba ligeramente, sin duda recuperándose. Rock Spaad, furioso, desesperado, oprimía con furia salvaje el resorte, que continuaba resistiéndose a todo empeño.

Spaad cargó con mayor intensidad si cabe, concentró toda su energía en aquello, incluso golpeó con su cabeza, brutalmente, en el resorte, rebelde a la presión ejercida.

Uno de esos golpes hizo ceder una centésima de pulgada al botón. Eso bastó.

La portezuela oculta, de emergencia, se reveló ahora, al deslizarse un panel del muro metálico del convoy del aire. Rock Spaad descubrió, atónito, que estaba contemplando el vacío, justamente a dos dedos de su cuerpo, inclinado hacia allá. La cabeza de la joven viajera se venció, colgando al exterior. Rock Spaad, velozmente, tiró de la arandela del salvavidas aéreo de la joven, por si fallaba el mecanismo automático del mismo. Luego, la empujó al vacío. Y saltó él mismo, aferrando, un momento antes de hacerlo, las asas de su maletín... con el televisor de bolsillo de Doc Watmans, en su interior.

Lo hicieron justamente a tiempo. Era tan corta la distancia a tierra, que poco después sentía el impacto estremecedor del aerovía, estrellándose entre unos riscos, en la costa canadiense, y levantando al cielo una vivísima llamarada, cuando los turborreactores nucleares del aerovía hicieron explosión, tras el impacto.

Miró a su derecha, estremecido de horror y de ira hacia los culpables de aquel espantoso desastre, que pondría luto en las líneas aéreas de toda la Tierra. La joven de cabello azul y ojos de ámbar, descendía con suave planeamiento, abiertos los flotadores de su salvavidas, y con un ligero zumbido de los pequeños tubos a retropropulsión, aunque era incapaz aún de dirigir su vuelo, con el pequeño cinturón salvador autónomo, dado su aturdimiento, que aumentaba con el brusco choque de su cuerpo con las capas de aire y niebla.

Había poca distancia a tierra. Spaad, serenamente, oteó a sus pies. Debían de hallarse sobre Cumberland Sound, en el sudeste del litoral de Baffin Island, en su cara ante el estrecho de Davis. No muy lejos de Groenlandia, ciertamente. Pero ahora, Rock Spaad no pensaba ya en Groenlandia, ni en sus familiares de Islandia. Estaba pensando en los muertos de aquel desastre, provocado por criminales del espacio, por gentes implacables y crueles, para las que mantener el secreto alrededor de cierto asunto de estado era vital al parecer.

Resultaba irónico que, precisamente él, único conocedor del secreto de a bordo del aerovía, continuase vivo. Así, el crimen colectivo sobre un convoy de pasajeros repleto de pasaje, se convertía en una acción tan sangrienta como estúpida e inútil.

Miró a las alturas, mientras graduaba el descenso en planeamiento de sus turborreactores autónomos, aplicados al cinturón salvavidas para vuelos espaciales. Vigilaba de cerca el descenso suave de la muchacha, pero también había algo más que vigilar. Y pronto se comprobó prácticamente lo oportuno de esa vigilancia de Spaad.

¡Uno de los vehículos que atacaron y destruyeron el aerovía de línea estaba descendiendo, silenciosos sus motores, en línea recta hacia ellos!

* * *

Era un monoturbo veloz y ágil, conducido quizá por un solo piloto. En realidad, aquella clase de pequeñas aeronaves, especialmente diseñadas para grandes alturas estratosféricas, y de gran agilidad y sencillez de manejo, sólo precisaban de un piloto para ser manejadas a la perfección.

Spaad apretó los dientes, comprendiendo que estaban perdidos. El piloto les había captado sin duda con sus ondas de radar, y se movía velozmente, para destruirles antes de que tocaran tierra ninguno de los dos.

Era cuestión de vida o muerte ahora, si querían salvarse del nuevo peligro. La joven parecía que empezaba a recuperar el sentido de cuanto sucedía en

torno suyo, pero en modo alguno estaría capacitada para defenderse del ataque de un aparato bien armado, que como un halcón voraz se estaba precipitando ya sobre ellos...

Rock Spaad vio a la joven abrir mucho los ojos, fijarlos en la nave lanzada hacia sus figuras, flotantes en el aire, a no mucha distancia de los arrecifes del litoral, donde las aguas se estrellaban con violentas oleadas rematadas de blanca espuma. La noche, la neblina y el frío aire nórdico, hacían más alucinante aún su tremenda situación.

Spaad solamente tenía un recurso, y lo puso en práctica: lanzarse delante, cubriendo a la muchacha, atrayendo hacia sí, como un señuelo, al enemigo de aviesas intenciones. Y tratar de eludir lo mejor posible los impactos mortíferos que le lanzaría el piloto, con sus cañones térmicos.

Él también iba armado, después de todo. Aunque resultase tan ridículo como debió parecer a las gentes que David se enfrentase a Goliat, con la sola ayuda de una honda y una piedra. Spaad extrajo su pistola, al tiempo que dirigía sus retropropulsores hacia el lugar por dónde llegaba el aparato.

Un asombroso duelo entre un simple ser humano, débil y sin protección, contra una aeronave ligera y diestra, de sólido fuselaje metálico y poderosas armas ofensivas, comenzó en las alturas, ante los ojos dilatados, incrédulos, de la joven que descendía en la noche.

El piloto de la aeronave pareció tan asombrado como ella misma, al ver venir como una flecha al hombre a quién pensaba aniquilar de un solo disparo. Esa sorpresa ante la maniobra inesperada de un ser que, en vez de eludir el peligro mortal lo afrontaba sin miedo, dilató un poco la acción del agresor del aire.

Cuando hizo el primer disparo, procurando tener bien enfocado al enemigo, se encontró con que éste habíase desplazado rápida, violentamente, eludiendo el estallido del proyectil térmico, que produjo una llamarada, vivísima en el negro de la noche.

Buscó a su enemigo por el visor frontal sin encontrarlo. Entonces consultó, irritado, la pantalla de radar. El piloto de la nave sin bandera ni distintivo, descubrió la oscilación del puntito luminoso, muy cercana, sobre su cabeza. Raudos, dio un empujón a los mandos, e hizo encabritar el morro de la nave, enfrentándose al osado adversario, que estaba justamente sobre el vehículo del espacio.

Rock Spaad imaginaba ya eso, porque sabía que el enemigo tenía radar a bordo. Así que la maniobra no le sorprendió, ni mucho menos. Mientras el contrario hiciera justamente lo que él preveía, la lucha no estaría perdida.

Un nuevo disparo fue en busca suya, pero el piloto se había precipitado, y la carga reventó, con una estrella de fuego, a alguna distancia del cuerpo alado, ligero y diestro, de Rock Spaad.

Éste sonrió. Empezaba a hacer perder los nervios al adversario. Eso sería lo mejor que pudiera suceder, a fin de cuentas, en el dramático duelo de las

alturas.

Vertiginosamente, se lanzó ahora en derechura hacia el vehículo adversario. Era un increíble Ícaro sin alas, enfrentándose a un fabuloso titán de los espacios. Éste viró, soltando varias cargas térmicas. Cualquiera de ellas que le rozase, acabaría con el choque. Pero Spaad brincó ágilmente encima de la nave enemiga, eludiendo otro impacto y la maniobra semicircular del enemigo.

Sabía que la reducida carga de sus turborreactores ligeros, aplicados al cinturón salvavidas, estaba agotándose por momentos. Era un sistema de retropropulsión ligero y de escasa potencia, ideado por las compañías de navegación aérea, para evitar que sus pasajeros, si tenían que lanzarse al vacío, pudieran caer en un lugar donde la muerte no hiciera inútil el salvamento.

A caballo sobre la nave, aplicó la pistola térmica que empuñaba, contra los remaches de las agudas alas oblicuas del aerodinámico aparato. Luego, disparó.

El chorro ardiente, de poderosa virulencia térmica, se extendió como fuego líquido sobre el metal centelleante de la nave sin distintivos ni nacionalidad. Los remaches se pusieron al rojo vivo. Luego, empezaron a derretirse. El ala osciló, iniciando el desmoronamiento, con el turborreactor respectivo, separado del mecanismo de la nave.

Un brinco alocado mientras el piloto pugnaba por defenderse con un solo motor, le hizo desprenderse de la superficie metálica. Por un momento, Spaad estuvo a tiro, y el contrario disparó. Pero cuando lo hizo, nerviosamente, llevado de su ira, el piloto falló por cosa de una yarda. Spaad sintió el aliento ardiente del impacto térmico, que estalló en el aire, a no mucha distancia. A su vez, giró sobre sí mismo, e hizo fuego contra la otra ala, cuando ya sus turborreactores ligeros iniciaban el agotamiento total de carga, y Rock quedaba solamente a merced de sus flotadores de espacio.

Pero habían terminado oportunamente las cargas de retropropulsión autónoma. Rock pudo ver, satisfecho, cómo el turborreactor de la otra ala, alcanzado por su proyectil térmico, empezaba a enrojecer, bajo la poderosa temperatura, y llamas y humo escapaban del mecanismo inflamado. El rostro del piloto expresó horror, tras la cristalera curva de su visor frontal. Luego, el fuego debió de alcanzar los depósitos de combustible nuclear. El avión sin nacionalidad estalló en el aire.

Rock Spaad se sintió volteado, zarandeado en el espacio, por el rudo impacto de las ondas agitadas por el estallido, y por fin recuperó el equilibrio, descendiendo suavemente hacia tierra, cuando ya el aparato enemigo hincaba su morro llameante, sus fragmentos casi disueltos, en las aguas agitadas y oscuras de los mares nórdicos...

Había ganado aquella batalla. Pero Rock sabía cuán precaria y momentánea era su victoria. Una sola ojeada hacia arriba le bastó, a punto ya

de tocar con los pies los acantilados de Baffin Island.

¡Tres aparatos de idéntica estructura, con el común denominador de su carencia total de distintivos, venían como flechas siniestras hacia tierra, en busca del que se había salvado del siniestro y, no contento con eso, había derribado una de las naves atacantes!

—Dios mío... —musitó Rock, despojándose de su cinturón salvador, ya con los pies en la tierra firme—. Ahora sí que estamos perdidos...

* * *

Corrió hacia donde yacía la joven de los cabellos azules, sin soltar Spaad su pistola térmica ni su maletín. Dejó éste en tierra y se inclinó sobre la muchacha, que se estaba incorporando, apoyándose en las rocas del abrupto lugar.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Spaad.

—¡Oh! muy bien, gracias —murmuró ella—. Creo que me ha salvado por dos veces. Una, en el aerovía. Otra, en el espacio. Le estoy muy agradecida, señor...

—Spaad. Rock Spaad —levantó la ceñuda mirada a las alturas y señaló—: Pero no me dé las gracias aún. Mire lo que se nos viene encima...

Ella miró. Los aviones enemigos perdían altura por momentos. Sería cuestión de poco tiempo explorar el suelo y localizarles, disparando contra ambos hasta aniquilarles. Y lo malo es que ahora Rock Spaad no veía forma humana de salir de aquel cerco de muerte. Había luchado mucho, pero todo tiene sus límites. Ahora la lucha estaba decidida, sin posible apelación.

—¡Vamos, hay que intentar la fuga de alguna manera! —masculló Spaad, tomando por una mano a la joven—. Esos asesinos nos coserán a tiros si pueden caer sobre nosotros...

—Pero... ¿por qué? —gimió ella, sin detenerse sin embargo, dejando que Rock la llevara, y corriendo al compás de él, muy ágilmente, gracias al largo roto que se había producido en las ropas plateadas, y que permitía a sus piernas, largas y bellas, una carrera continuada, luchando desesperadamente por sus vidas.

—Sin quererlo, se ve uno a veces metido en líos muy graves, señorita —dijo Rock, sin reducir la marcha—. Y eso es lo que nos ocurre a los dos. Por mantener un secreto esa gente no ha vacilado en matar a todos los pasajeros de un aerovía. Ahora tampoco vacilarán en matarnos a nosotros, que somos los únicos supervivientes.

—Pero ¿por qué a nosotros? —insistió ella—. No sabemos nada de eso...

—Se equivoca en algo, mi querida amiga. Yo sí lo sé. Y soy precisamente el hombre que más empeño tienen ellos en destruir...

La muchacha lanzó una exclamación de asombro. Corrían furiosamente y habían alcanzado las rocosidades laberínticas de una región, frente al mismo

litoral, repleto de acantilados y arrecifes. Rock Spaad penetró en aquellos dédalos tortuosos, entre rocas, que podían ser su única posibilidad de salvación. Si es que la salvación existía de algún modo...

—Aquí les será más difícil darnos caza —susurró Spaad roncamente, pegándose con la joven a unas rocas más elevadas, que les protegían de las miradas de los pilotos.

—Pero no por mucho tiempo —observó ella, en un susurro—. Cuando desistan de buscarnos, bombardearán el lugar. Puedan hacerlo. Y una pequeña carga nuclear lo aniquilaría todo, usted lo sabe.

—Claro que lo sé —la miró, pensativo, sin desprenderse de la roca donde se habían ocultado—. Usted no es tonta, ¿eh? Por cierto, aún no sé siquiera cómo se llama...

—Mi nombre es Ingrid Talaar —sonrió ella—. Y creo que tuve mucha suerte, al elegir su compartimiento en el aerovía. De otro modo ahora estaría muerta, como los demás.

—Evidentemente. Lo curioso es que ocupó usted el asiento de alguien que había muerto violentamente poco antes. Para que vea que la suerte o la desgracia no están en el lugar adonde uno va, sino en uno mismo.

Ingrid Talaar asintió, con expresión sombría. Parecía realmente impresionada por lo que había referido Rock Spaad. Luego, miró por encima de su cabeza, hacia el cielo oscuro, sin estrellas, velado por densas capas de nubes y de nieblas. Allí, no lejos de donde ellos se hallaban, roncaban motores a reacción. Los aviones enemigos no cejaban en su empeño de localizarles, para acabar con ellos despiadadamente.

—Hemos de salir de aquí —dijo Rock—. Pero de modo que ellos no nos descubran. Ignoro si habrá algún lugar cercano donde refugiarnos. Lo que sí sé es que no existen policías en muchas millas a la redonda, de modo que estamos virtualmente abandonados a nuestra propia suerte.

—A no ser que alguna patrulla aérea de la S.I.P. nos localice, tras el desastre aéreo —insinuó Ingrid Talaar.

Rock la miró fijamente. Luego movió negativamente la cabeza para manifestar, con expresión dubitativa:

—No creo, que la S.I.P. nos saque de ésta, señorita Talaar.

—¿Y por qué no, señor Spaad? La «Spacial International Police» es un organismo poderoso y eficaz que...

Rock dijo:

—Sé lo que es la S.I.P., señorita Talaar, pero en este caso, carecen de datos o referencias para llegar a tiempo a parte alguna. Antes de que una brigada volante de la S.I.P. nos localice, estaremos cien veces muertos bajo el fuego de esos asesinos... Después de todo, ellos ni siquiera podrán saber que existen supervivientes del aerovía aniquilado. Y no tenemos medio alguno de comunicar con ellos. Estas tierras son desoladas y lejanas. ¿A quién podemos

dirigirnos, si no hay seres vivos en muchas millas de distancia, ni poblados ni centros habitados?

Ingrid hizo un gesto de desaliento, inclinando la cabeza. Asintió con un movimiento leve y reconoció, apagada la voz:

—Es cierto. Creo que las cosas están muy difíciles. Y esas aeronaves siguen incansables explorando en busca nuestra...

Era cierto. Los motores a reacción rugían por encima de sus cabezas, una y otra vez.

Las ligeras aeronaves adversarias no cejaban en su empeño de localizarles para remachar la tarea encomendada. Ambos sabían que eso terminaría por tener funestas consecuencias para ellos.

—Cielos, si fuera posible intentar algo... —masculló Spaad—. Pero sería inútil. No saldríamos con vida de aquí.

—Estamos acorralados —asintió ella—. No hay salida, véalo. Tenemos un muro rocoso a nuestras espaldas. Y el mar delante. Allí donde terminan las rocas se inicia un acantilado, frente al mar.

—¿Cree que no me doy cuenta? —refunfuñó Spaad, con gesto de ira. Estaba reflexionando furiosamente, buscando un medio de salir con vida de aquella ratonera. Pero no parecía existir por parte alguna esa posibilidad—. Esos malditos criminales van a salirse con la suya, después de todo. Nadie llegará a saber lo que nos sucede. Para todos habremos muerto, como los demás, a bordo del aerovía siniestrado.

Enmudeció, al roncar sobre ellos, muy próximos a tierra, los reactores de las naves del espacio que les buscaban. Pasaron raudas, sibilantes, alejándose para regresar enseguida, en otra pasada. No esperarían ya mucho para bombardear la zona, impidiendo a los dos salir de allí.

—Dios mío... —musitó Ingrid Talaar, muy pálida. Sus grandes ojos color ámbar reflejaron todo el terror que sentía—. Esto se acaba...

Rock asintió. Luego, de súbito, tomó una mano de la joven y se lanzó de nuevo a correr por entre las rocas. Ingrid, sorprendida, observó que avanzaban en dirección al mar, zigzagueando entre el laberinto rocoso.

—¿Adónde vamos? —musitó—. ¡Nos dirigimos al mar, Spaad!

Rock no respondió. Seguía su carrera, como guiado por una idea fija. La joven temió que su compañero hubiera enloquecido de súbito. La situación podía provocar cosas así.

Pronto descubrió lo que en realidad pretendía Rock Spaad con su repentina carrera. Al rodear un macizo rocoso es cuando Ingrid lo supo. Sus ojos descubrieron lo que ya los ojos de Rock habían captado antes, escrutando desesperadamente el lugar: una de aquellas formas pétreas, inmediatas al acantilado, no era exactamente lo que parecía en la noche, sino una estructura determinada, algo que no era obra de la naturaleza: una edificación, una vivienda casi hemisférica, de sombrío color oscuro, erguida al borde mismo

del acantilado a cuya pie rugían las aguas tumultuosamente.

No había luces ni apariencia alguna de ser viviente en ella. Pero era una edificación y a ella se dirigía Rock Spaad con toda la ligereza que le permitían sus piernas, sus entrenados y atléticos músculos.

Arriba, sobre sus cabezas, las naves del espacio volvían a rugir, en un crescendo inquietante y siniestro, a medida que se aproximaban al suelo, en busca de los dos fugitivos salvados de la matanza del aerovía, y a quienes sin la menor duda tenían que aniquilar...

—Ese edificio, Spaad —musitó ella, angustiada—. No parece haber nadie en él. Dios mío, ¿qué resolveremos entrando ahí? Destruirán todo por igual, con una carga atómica...

—No lo creo, señorita Talaar —respondió Rock con voz bronca—. Ese edificio es un antiguo refugio nuclear de la pasada guerra atómica que conmovió al mundo... Y esos refugios han sido destinados hoy en día a estaciones de socorro o refugios de náufragos y viajeros perdidos en el mar... Por tanto, es seguro que dispone de una emisora de radio y de algún «subscooter» para propulsión subacuática... Dios quiera que éste no sea una excepción, dentro de los muchos similares que he visto en Canadá, Alaska y Groenlandia, en otras ocasiones...

CAPÍTULO V

LA ÚLTIMA ETAPA



ERO Dios lo quiso.

Cuando empujaron la puerta, penetrando en el edificio, pasaban ya por encima de éste y de los laberintos rocosos, las aeronaves adversarias, en su frenética y obstinada búsqueda.

Rock cerró tras de sí, con un suspiro de alivio, apoyándose en el muro frío, una vez dentro de la edificación los dos. Su mano buscó, hasta encontrar un resorte. Era el de la luz. Avisó a Ingrid, con voz susurrante:

—Vaya a revisar las ventanas. Asegúrelas bien. Acostumbra haber dos en cada edificación, y ambas con cierre metálico hermético, para evitar radiaciones en el pasado. No encenderé la luz hasta no estar plenamente seguro de que esos malditos no van a ver líneas de luz desde el aire...

Ella se deslizó por la cámara, que tenía la misma forma circular de la base del edificio hemisférico, rematado en cúpula redonda. Tras unos segundos, indicó la joven:

—Todo herméticamente cerrado, Spaad. Puede encender.

Rock encendió. Parpadearon unos segundos, para adaptar sus ojos, habituados a la oscuridad de la noche nórdica, a la luminosidad levemente azulada del interior. Vieron, en la cámara circular, un refrigerador con alimentos, visibles a través de su puerta plástica transparente. Una pequeña estación emisora-receptora de radio y dos literas, con un par de «subscooters», o sistema de propulsión submarino, con máscaras especiales y casquetes de profundidad, capaz cada «subscooter» para dos personas. Un rótulo, sobre aquellos objetos, auténtica bendición del cielo, avisaba al que entrase en la vivienda:

«VIAJERO, ESTO SE HA CREADO PARA TI. UTILÍZALO SOLAMENTE SI LO PRECISAS PARA SALVAR TU VIDA. NO QUITES A OTRO EN APUROS LO QUE TÚ NO NECESITAS. Y SI ES CIERTO QUE TE HACE FALTA, UNA VEZ UTILIZADO, REINTÉGRALO A OTRO REFUGIO SIMILAR A ÉSTE. DIOS VAYA CONTIGO, VIAJERO».

Habían encontrado lo que necesitaban.

—Pues sí, creo que todo esto lo necesitamos —sonrió Rock Spaad—. En

primer lugar, la radio. Voy a enviar un mensaje en clave a cierto lugar. Podemos ir en «subscooter», sumergiéndonos para no ser vistos desde el aire, hasta Rupert House, más allá de Hudson Bay.

— ¿Rupert House? Eso sigue siendo Canadá... ¿Y una vez allí? —se interesó la joven.

—Entonces, todo será ya fácil. Rupert House está cerca de Quebec, Montreal y Ottawa. De esos lugares nos enviarán ayuda urgente, ya lo verá.

— ¿Por qué cree que han de preocuparse por nosotros? ¿Acaso somos gente importante?

—No, no lo somos tal vez. Pero yo sé algo que puede ser importante. Y eso es lo que cuenta ahora... Venga, utilizaremos la radio. No tema nada, mientras estemos aquí. Este refugio es a prueba de bombardeos nucleares. Bajo la capa de roca que aparenta ser, posee metales antiatómicos y aislantes contra la radiactividad. Estamos momentáneamente a salvo... si no bajan en busca nuestra y hallan esta casa.

—¿Cómo espera evitar esa contingencia?

—Saliendo de aquí, antes de que eso pueda ocurrir. Vamos, hay que actuar deprisa...

Rock Spaad se acomodó ante el equipo transmisor de radio y comenzó a hacer una llamada en clave, que Ingrid Talaar no parecía entender en absoluto, pero que siguió con suma atención. A fin de cuentas, también su vida estaba en juego, y ella sabía que solamente Rock Spaad, aquel desconocido que ahora compartía su suerte, podía evitar que sucediera lo peor...

* * *

La primera carga nuclear estalló no lejos de los laberintos rocosos. El detector del interior de la vivienda registró su impacto y la distancia a que se verificó. No era una carga muy potente, pero sería la primera de una serie de ellas.

Rock, llevando consigo el «subscooter», cambió una mirada con Ingrid. Ella estaba pálida, impresionada, a pesar de que Spaad hubiese hecho ya la llamada por radio, y le dijera que las cosas estaban arreglándose muy bien ahora.

—Vamos ya —dijo Spaad—. Disponemos al menos de un minuto, hasta que hagan otra pasada y lancen su segundo proyectil ligero de cabeza nuclear. Para entonces, debemos de estar en el agua...

Se lanzaron a la salida, abrieron la puerta y echaron a correr, llevando entre ambos el ligero equipo de «scooter» submarino, con su proa de aluminio, los motores a turbina, los dos asideros y las correas de sujeción, y los depósitos de aire, acoplados a los cascos subacuáticos que ya se habían aplicado ambos, para la última etapa de su arriesgada lucha por salvar la vida en aquel desolado y frío paisaje nórdico.

Los aviones volvían. Se percibían sus reactores, mientras ellos corrían más

y más. Fueron acercándose ambos al borde del acantilado, que de momento era su meta salvadora...

Ya estaban en el acantilado cuando las ligeras aeronaves emergieron entre jirones de nubes grises, dispuestas a machacar la tierra con sus cargas nucleares. Debieron de verles desde arriba, porque los aviones iniciaron un picado vertiginoso, cambiando de idea, sin duda para ametrallarles directamente a ellos.

—¡Al mar! —gritó Rock Spaad agudamente.

Y saltó desde la altura del acantilado, portando el «subscooter» consigo. Ingrid vaciló durante un par de angustiosos segundos. Luego, advirtiendo la trayectoria de los aviones, se arrojó tras de Spaad, a las agitadas y tenebrosas aguas nórdicas.

Ambos cuerpos se hundieron en ellas con escaso intervalo, y luego crepitaron, hirvieron las espumeantes olas, cuando las aeronaves batieron el mar con cargas explosivas, que llegaron unos segundos tarde. De otro modo, hubiera sido el final de la aventura para los dos fugitivos...

Rock y la joven se hundieron, sintiéndose más y más sumergidos en las aguas, y la luz piloto del «subscooter» orientó a ambos en su dirección. Se aseguraron a él con las correas, aplicaron la boca a los respiraderos de gomaplast de los depósitos de oxígeno, y Rock miró a Ingrid Talaar a través de las aguas oscuras. Ella asintió con la cabeza.

Spaad no aguardó a más. Presionó el resorte de marcha y empuñó con una mano el pequeño volante o timón del ingenio creado para viajar por las profundidades, con la misma seguridad y rapidez que en tierra firme.

El «subscooter» arrancó vertiginosamente, llevando tras de sí a sus dos personas remolcadas. Arriba, sobre sus cabezas, hervían las aguas, batidas por cargas explosivas, pero ahora ambos se sentían a salvo de todo acoso enemigo.

Bajo la luz-piloto, la brújula les fue indicando su rumbo, que Rock mantuvo inmutable, guiando el ligero mecanismo a través de las aguas, siempre en ruta sudoeste, hasta encontrar Hudson Bay.

Una vez en Hudson Bay, varió el rumbo, hasta situarlo en sur-sudeste. Cruzaban la gran bahía del Hudson, hacia Rupert House, la importante ciudad canadiense, situada ya muy cerca de los Estados Unidos...

Era la última etapa del angustioso viaje por huir a la muerte. La velocidad del «subscooter» permitió que transcurriese con relativa prontitud. A pesar de ello, era ya pleno día, cuando dos agotados viajeros, un Rock Spaad maltrecho y una Ingrid Talaar cercana al límite de sus fuerzas, emergieron de Hudson Bay, en el gran muelle de Rupert House, impulsados por el mecanismo del «subscooter».

Saltaron a tierra, respirando fatigados, sintiendo las punzadas del hambre, la tortura de la sed y las ansias de un lecho caliente donde poder descansar y recuperar fuerzas. Todo eso parecía posible hallarlo en Rupert House, tras la

aventura alucinante en el norte. Pero de repente sucedió algo que pareció alejar de sus manos todo aquello, como si aún estuvieran, perdidos en el acantilado de Baffin Island.

Fue al poner el pie en los muelles, cuando las esperanzas de los dos jóvenes se desvanecieron. Un grupo de policías de la brigada costera avanzó hacia ellos, como si hubieran estado esperándoles. Con ellos iba un hombre alto, enjuto, de tez cobriza, cabellos muy oscuros y ojos estrechos y oblicuos.

—Acaban ustedes de llegar de Baffin Island a bordo de un «subscooter», ¿no es cierto? —preguntó uno de los policías uniformados, con el distintivo de teniente.

—Eso es —asintió Rock Spaad, sorprendido, mirándole con una sonrisa—. ¿Cómo lo saben? ¿Son ustedes los que han de atendernos tal vez?

—Responda a nuestras preguntas y guárdese las suyas, señor —replicó agriamente el teniente de policía costera de Rupert House—. Aquí soy yo quien manda, por si lo ignora. Dígame, ¿viajaban ustedes en el aerovía Rusia-Groenlandia?

—Exactamente. Y supongo que estarán ya informados de que fue abatido en...

—Sabemos perfectamente lo que sucedió con ese aerovía, señor —atajó con renovada acritud el policía—. Fue destruido por un sabotaje. ¡Y ustedes dos, los culpables de tal sabotaje! ¡En nombre de la Ley, quedan arrestados, bajo la acusación de asesinato colectivo, de más de doscientas personas, y la destrucción de un aerovía de pasajeros!

* * *

Rock Spaad parpadeó, atónito, sin creer lo que oía. Cambió una mirada con Ingrid y la vio palidecer, abriendo mucho sus bellos ojos color ámbar. El policía parecía firme como una roca, ante ellos. Le respaldaban sus cinco subordinados, armados todos, y el hombre cetrino, erguido junto a él, que contemplaba a los recién llegados con la malignidad triunfal de una víbora que se sabe a cubierto.

—¿Acusados nosotros de sabotaje y asesinato? —soltó Rock una leve carcajada, dominando su fría ira—. Evidentemente, tienen que estar todos locos para una cosa así, teniente...

—Siga insultando, además, y obraremos de otro modo —atajó el policía canadiense con voz corrosiva—. Sus manos, señor. Voy a esposarle, igual que a su compañera de granujadas.

Rock no hizo acción de tender sus manos todavía. Irguiéndose muy frío, muy sereno, indagó del policía:

—Hay algo que, legalmente, tengo derecho a saber de usted, teniente, por muy criminal que me consideran. ¿Quién me acusa de ese disparate?

—Yo —dijo la voz suave, untuosa, del hombre de tez cobriza y cabellos negros, achicando más aún sus estrechos ojos centelleantes y malignos.

Rock le contempló, con aire entre perplejo y curioso. Lo había imaginado así desde el principio, sin saber a ciencia cierta la razón. Ahora el hombre confesaba su juego.

—¿Y usted... quién es, señor? —interrogó glacialmente Rock.

—No tiene por qué contestarle, pero lo haré yo por él —intervino el teniente de policía con dureza—. Este caballero que presenta su acusación es el comandante Hoak Walinsky, del Cuerpo Diplomático de Polaria, en el Canadá. Una importante personalidad de su país viajaba en ese aerovía y observadores de Polaria captaron el desastre, y vieron huir a los culpables, sin poderlo evitar. La Misión Diplomática en Canadá ha recibido informes concretos que nos permitieron esperarles a ustedes, para aprehenderles y hacerles pagar su crimen.

—Polaria, ¿eh? —los ojos de Rock centellearon. No los apartó del hombre—. Ahora voy viendo claro. Polaria es el país mezclado en todo este horror. De Polaria era Doc Watmans, el hombre importante a bordo del aerovía... ¡pero el hombre a quién ustedes asesinaron, comandante Walinsky, por medio de esbirros como Urk, a quién yo maté, antes de que él repitiera conmigo su hazaña criminal!

—Miente usted —replicó fríamente Walinsky—. Teniente, arreste a este hombre. Además de ser un feroz criminal, está insultando mi dignidad. Y la de mi Gobierno.

—Desde luego, señor Walinsky —se apresuró a decir servilmente el teniente. Se volvió a Rock y le zarandeo brutalmente—. ¡Vamos, le esposaré! ¡Y si sigue insultando a personas honradas, le haré amordazar también, estúpido!

Rock Spaad había llegado al límite de su resistencia. Si dejaba que él e Ingrid fueran encarcelados por aquel necio policía de Rupert House, el tal Walinsky encontraría el medio de matarles, antes de que nadie pudiera salvarles del apuro.

De modo que obró enérgicamente, lanzó su bomba con voz potente y serena, mirando con frialdad al teniente de policía.

—No tiene usted jurisdicción sobre mí, teniente —avisó duramente—. Es más, está obligado a ponerse bajo mis órdenes, pese a su graduación, si conoce bien la ley internacional.

—¡Cierre el pico, imbécil, o le abofetearé! —aulló el policía, perdiendo los estribos.

—Muy bien —dijo Rock Spaad—. Siga cometiendo torpezas. Pero sepa al menos con quién las comete. Soy el agente especial Rock Spaad, de la «Spacial International Police».

El teniente parpadeó, incrédulamente. Walinsky, con, un respingo, miró a Spaad y chilló.

—¡Miente! ¡Miente, estúpido! ¡No le haga caso, teniente! ¡Por fuerza tiene que estar falseando también ahora los hechos!

—No falseo nada, comandante Walinsky —replicó Rock Spaad duramente—. Soy agente especial de la S.I.P. Y ahora soy yo quien le acusa a usted de falsear los hechos, de acusar injustamente, de calumniar y de enmascarar la verdad de los crímenes de su Gobierno, con actos cobardes y rastreros como éste de ahora... ¡En nombre de la S.I.P., queda usted detenido!

El estupor había inmovilizado a todos, tras las enérgicas palabras de Spaad.

Rock Spaad había extraído, con ademán muy rápido, una tarjeta de identificación de la «Spacial International Police». No era la documentación oficial, puesto que ésta, como todos los miembros de la S.I.P., la llevaba en su propia piel, tatuada en el pecho, con tintas invisibles pero imborrables incluso con quemaduras o con el cuerpo destrozado, tal y como la ideara el doctor Pat Sullivan, cerebro científico y médico de la poderosa organización policíaca destinada a imponer la ley y el orden en todos los países de la Tierra y en los espacios conquistados por el hombre.

El teniente, mortalmente pálido, descubrió en aquella tarjeta plástica, inatacable a los ácidos y a las aguas y líquidos de cualquier especie, la fotografía de Rock Spaad y su calificativo de agente especial, bajo las siglas famosas en todo el mundo: S.I.P.

—Dios mío... —farfulló, agobiado por el tremendo peso de su error. Se volvió en redondo a Walinsky—. Entonces usted...

El comandante Walinsky demostró ser muy eficaz cuando las cosas se ponían mal. De un bolsillo extrajo una pistola de carga corrosiva y amenazó a todos, con ademán enérgico. Estaba lívido, y contraída su faz por el odio y la ira de su increíble fracaso.

—¡No se muevan o les disuelvo a todos! —aulló—. ¡Maldito Spaad, solamente siendo un agente de la S.I.P. pudo estropearlo todo! ¡Pero no saldrá vivo de aquí, porque voy a...!

Hizo mal en descuidarse. Claro que no podía abarcar a todos, y sí únicamente a Rock y a los policías, que eran los más peligrosos a su juicio. Prescindió de Ingrid, como mujer, y eso fue su gran error.

Porque Ingrid se limitó a arrojar contra Walinsky el «subscoter» tendido a sus pies aprovechando el instante de abandono en que el nórdico la había dejado. Chilló Walinsky, y disparó instintivamente, pero sólo alcanzó de lleno con su disparo la forma voluminosa y ligera del «subscoter».

El potente ácido diluyó parte del ingenio subacuático, cuando ya el teniente de policía canadiense y el propio Rock Spaad se abalanzaban sobre él, dominándole y reduciéndole a la impotencia el agente de la S.I.P. con dos formidables mazazos al rostro, que dejaron inconsciente al diplomático de Polaria.

—Bueno... —jadeó Rock, incorporándose—. Creo que ahora ya habrán sido superadas todas las dificultades... Es hora de tomarse un ligero descanso...

—No sabe cómo lamento todo esto —se excusó, aturdido, el teniente de policía—. ¿Cómo iba a imaginar yo que usted era un miembro de la S.I.P., un policía con jurisdicción especial en todo el Universo? Ese hombre, como diplomático de un país extranjero, llegó a confundirme. Yo le creí y...

—Está bien, no necesita excusarse más. Después de todo, él cometió también su mismo error, o Walinsky jamás hubiera dado un paso en falso tan grave. Ahora veremos...

El teniente e Ingrid le miraban con interés y curiosidad, ignorando a lo que Rock podía referirse en sus comentarios.

—¿Qué es lo que veremos? —inquirió Ingrid Talaar, curiosamente.

—Lo que es capaz de explicar el Gobierno actual de Polaria, para justificar el error de su diplomático Walinsky... —sonrió Rock—. Por cierto, Ingrid, muchas gracias por su audaz y precisa intervención. Creo que con ella ha evitado que este hombre me aniquilase, cumpliendo así en parte los designios de sus superiores...

—¡Oh! no fue nada —rio Ingrid deliciosamente—. Después de todo, aún estoy en deuda con usted. Si cuento las veces en que usted me salvó a mí la vida, verá que el saldo a su favor es de abrumadora superioridad...

CAPÍTULO VI

LA S.I.P. INVESTIGA



ONALD CALLOWAN extendió sobre la mesa las fotografías en color, como si fuesen naipes de una gran baraja; luego dijo, con tono grave:

—Éstas son las ampliaciones de las fotografías más perfectas logradas por Doc Watmans. En ellas puede ver usted lo que ha sucedido en Polaria, Spaad.

Rock asintió con lentitud, clavando sus ojos en las fotografías. En una de ellas, aparecía un hombre de asombroso parecido con él, pero luciendo una barbita corta, muy recortada, y cabellos de un tono rubio rojizo. Los ojos eran verdes, jaspeados. Ahora comprendía Rock por qué habló Urk de lo difícil de cambiar un color de ojos. Si el presidente era el hombre torturado en la mazmorra, sujeto a cables electrónicos, por los que sin duda pasaban corrientes enloquecedoras para un cerebro, la semejanza con Rock era notable. Pero el color del cabello y de los ojos constituía una diferencia muy clara entre ambos.

Había otra fotografía, en la que el hombre de la barbita aparecía muerto, inmóvil sobre una especie de losa o mesa de una morgue. Y otra fotografía, con un primerísimo plano del mismo hombre, en la que no cabían dudas de su muerte. Un suave gesto había suplido allí al dolorido, crispado de la fotografía en la cámara de tortura.

Rock Spaad descubrió una fotografía más. Ésta no era del presidente, sino de un hombre de ropajes negros, bañado en sangre, con una ancha herida en la espalda, y medio carbonizado por un fuego que también había destrozado muchas otras cosas en torno. Al fondo, se descubría una placa sobre un muro. Rock pugnó por leerla, pero pese a la ampliación fotográfica le fue imposible.

—En el laboratorio la han leído —informó Callowan gravemente, respondiendo a su muda interrogante—. Estudiaron esa fotografía con una potente lupa. Ahí, en la placa del fondo, se lee textualmente: «Profesor Héctor Hundsén. Electrónica y Ciencias Magnéticas».

El nombre no decía nada a Rock Spaad. Claro que él no era experto en tales cosas. Sin embargo, el tono de Callowan, al hablar del tal Hundsén, había sido grave, preocupado.

—¿Héctor Hundsén? —inquirió Rock, tras un silencio—. ¿Quién es él?

—Un sabio investigador muy notable. Vivía en North City, capital del nuevo Estado ártico de Polaria. Se dijo que sufrió un ataque cardíaco hace

poco y se le hospitalizó. Ahí puede ver la clase de «ataque cardíaco» y de «hospitalización» que ha sufrido el infortunado profesor.

—¿Es éste? —el dedo índice de Rock apuntó hacia el hombre apuñalado en la espalda.

—Sí. Nuestros expertos lo han identificado, pese a lo defectuoso de la fotografía, como el profesor Hundsen en persona. No hay margen para el error en ese sentido. Es Hundsen, evidentemente.

—Cielos... —Spaad se pasó una mano por el cabello, con aire pensativo—. Ese país, Polaria... es una especie de matadero.

—Algo así. Fedor Neffels, su presidente, está muerto. Ahí tenemos las pruebas evidentes. Doc Watmans las fotografió. Nos prestó un servicio inestimable.

—Esas fotografías estaban en su televisor de bolsillo, ¿verdad?

—Sí. En un compartimiento especial de los transistores. Era un microfilm con varias fotografías. No todas útiles. Pero éstas bastan para provocar la explosión, si las ve el pueblo de Polaria.

—¿Y las van a ver?

—Lo intentaremos, nada más. Es seguro que controlarán la prensa extranjera e interferirán toda emisión televisada que se refiera al asunto para mantener a la gente en la ignorancia sobre lo ocurrido.

—¿Quién puede ser el autor de esa conspiración sangrienta, señor?

Donald Callowan se encogió de hombros, pensativo. Aplastó el cigarro habano que fumaba, en un cenicero de su mesa, y comentó luego, con voz firme:

—No sabemos nada aún. El comandante Walinsky, a quién usted aprehendió en Rupert House, se niega a hablar. Tal vez le apliquen el «lector electrónico», para ver lo que nos oculta a todos. La situación es realmente grave, y la S.I.P. debe intervenir en ella. Se ha derribado un aerovía, con cientos de víctimas. Hay que averiguar quién es responsable directo de ese crimen que tuvo lugar en nuestra jurisdicción. Además está en juego la seguridad de un país. Y quizá de muchos. Incluso posiblemente del mundo entero.

—¿El mundo entero? —se sorprendió Rock Spaad, frunciendo el ceño—. Pero, señor, ¿tanta trascendencia puede tener para otros países una conspiración interna en Polaria, por sangrienta y cruel que ésta sea?

—Sí, muchacho. Tanta trascendencia puede tener —asintió Callowan, jefe supremo de la «Spacial International Police»—. Lea el informe de nuestros «Chispas», y juzgue.

Le tendía a Rock un documento, que el joven agente especial tomó respetuosamente. Era, como dijo el jefe de la S.I.P., un informe escrito en papel especial que solamente utilizaban las secciones técnicas de la «Spacial International Police».

Desplegó el papel, dispuesto a conocer aquel nuevo aspecto del extraño y complicado caso que tenía entra manos...

El informe lo firmaban André Levigneux y Charles Dubon, los «Chispas». Eran los expertos del Instituto de Estudios y Técnica Electrónica, en París, dependiente de la «Spacial International Police». Los agentes de la S.I.P. les llamaban familiarmente los «Chispas», y los jóvenes franceses procuraban siempre estar a tono con ese apodo alusivo a su ingenio, inteligencia y capacidad en el terreno que les correspondía pisar, dentro del organismo de la S.I.P. a que pertenecían.

Rock Spaad lo leyó. No era amplio. Ni necesitaba serlo tampoco. Por sí solo, resultaba harto elocuente como para no precisar más aclaraciones:

«El hombre de la telefoto recibida en este Instituto es indiscutiblemente el profesor Héctor Hundsen, eminente científico especializado en electrónica, irlandés de nacimiento y afincado en Polaria. Posee un importante laboratorio electrónico en North Polo City, y se dice que en ciertas investigaciones llevadas a cabo por él, para la creación de una energía electrónica muy superior a la nuclear, y además infinitamente más económica, que permitiría un superior desarrollo de la actual civilización, el profesor Hundsen, por error, dio con una nueva fórmula que facilita una energía electrónica formidable. Pero capaz de darle suelta, de aniquilar al mundo entero, y quizás incluso a muchos cercanos planetas, ya que se produciría una reacción en cadena, de imprevisible potencia, que podría llegar al infinito, aniquilando cuanto existiera.

»No se ha confirmado la especie, pero en los centros de investigación electrónica se está seguro de que Hundsen posee, en efecto, la fórmula capaz de producir unas simples vibraciones electromagnéticas, capaces de hacer estallar el Universo, si se lo propusiera el hombre que la controlase.

»En la actualidad, se decía que el profesor Hundsen estaba en un hospital, enfermo del corazón. A juzgar por esa fotografía, la «enfermedad» del profesor es de un carácter muy especial...

«Firmado:

»A. Levigneux - Ch. Dubon

» (Instituto de Estudios y Técnica
Electrónica de la S.I.P.)»

—¡Cielos! —musitó Rock Spaad—. Un país con esa arma en su poder sería poco menos que inexpugnable. Podría convertirse en el auténtico amo del mundo. ¿Se refería a eso, señor, cuando dijo que todos podemos peligrar?

—Justamente, muchacho —asintió Donald Callowan con expresión sombría—. Es una posibilidad muy grave la que Levigneux y Dubon especifican aquí.

—Pero el arma sería funesta también para quien la utilizase —aventuró Rock.

Donald Callowan asintió, mientras paseaba lentamente por la estancia. La luz del día entraba por el ventanal de su despacho en la central de la S.I.P., en Washington.

—¿Cree que eso puede detener a un loco o a un fanático? —interrogó, volviéndose para contemplar la urbanización esplendorosa de Washington, a través del ventanal, y el ininterrumpido desfile de aeroturbos, *spaceships* y *rockets* de todas clases, por el azul del cielo conquistado por la técnica humana—. Diga, Spaad, ¿puede detenerlo?

—No lo sé, señor. Pero poner en funcionamiento esas vibraciones destructoras... sería como desencadenar un Apocalipsis...

—Un Apocalipsis, sí. Pero imagine que perfeccionan el invento terrible del profesor Hundsén. Un grupo de expertos, controlado por un Gobierno cruel y ambicioso, puede hacerlo. Y logran aislar, limitar el radio de acción del arma. Entonces la fórmula se convierte en un diabólico instrumento de poder, capaz de provocar el terror y el sometimiento vil en todos los pueblos de la Tierra, ante el poseedor de la fórmula de Hundsén. Y si una vez puesto en práctica el poder destructor, éste escapa al control de sus dueños... la destrucción será total. Pero no habrán logrado otra cosa que perecer víctimas de su propio juego. Débil consuelo ése para una humanidad aniquilada al mismo tiempo, ¿no cree?

—Sí, señor. De cualquier modo, si Hundsén ha sido asesinado por agentes del nuevo Gobierno de Polaria es señal de que los asesinos del presidente Neffels planean algo ambicioso. Y a costa del invento de Hundsén, por supuesto. Eso impediría que intervinieran la ley internacional y las Naciones Federadas, señor. Además daría sentido a lo que dijo Doc Watmans, sobre la posibilidad de que la acción legal contra los criminales de Polaria llegase cuando fuera «demasiado tarde». Debía de aludir a esa arma.

—Sí. Y por tanto, hemos de suponer que los conspiradores de Polaria, que siguen empeñados en fingir normalidad en su país, y aparentar ante el mundo que su presidente aún existe o que ha perecido de muerte natural, están trabajando ahora en esa diabólica fórmula, pero sin encontrar aún su eficacia máxima y limitada, que les preserve a ellos del desastre que desencadenarían.

Rock Spaad asintió, tras las palabras de Callowan. Estaba de acuerdo con el jefe de la S.I.P. en los detalles del peligroso caso internacional. Polaria constituía un peligro mundial. Pero sus feroces dirigentes de ahora se cubrían con la piel de cordero, fingían que el mismo Gobierno existía aún, para evitar el levantamiento de los leales al presidente Fedor Neffels, y para impedir que los demás países se mezclaran en sus asuntos, antes de poseer ellos el arma capaz de darles la fuerza y de desafiar a todos abiertamente.

—¿Qué se sabe de Walinsky, señor? —preguntó a Callowan, tras una pausa—. ¿Ha confesado el comandante que actuó dirigido por su Gobierno de North Pole City?

—No. No ha confesado nada todavía. Llamaré al Canadá para informarme, sin embargo.

Donald Callowan se encaminó al televisófono. Pidió línea de sonido e imagen, e hizo una llamada a Rupert House (Canadá).

Cuando en el televisófono se estableció comunicación con el territorio canadiense, Callowan habló. En la pantalla aparecía un funcionario de la policía canadiense, en Rupert House.

—Aquí Central en Washington de la «Spacial International Police» —dijo el jefe del organismo policíaco más fuerte del mundo—. Habla Donald Callowan. Deseo informes sobre el comandante Hoak Walinsky, de Polaria, arrestado por falsas acusaciones y posible complicidad en el ataque al aerovía Rusia-Islandia.

—Departamento de Policía de Rupert House. Espere. Hay informes especiales. Íbamos a llamar nosotros a Washington, de no haberlo hecho usted —habló el hombre de la pantalla.

—¿Informes especiales dice? —Callowan cambió con Rock una mirada de esperanza—. Hable, por favor.

—El comandante y diplomático Hoak Walinsky, de Polaria, se ha suicidado en su celda, ingiriendo una cápsula venenosa que ocultaba en un diente vacío —dijo el policía canadiense—. Cuando fue hallado estaba ya muerto. Dejó escrita una confesión, revelando haber participado en un complot para derribar al actual régimen de su país, y que no obedecía órdenes de su Gobierno, sino que actuaba por cuenta de un grupo rebelde no identificado. Una nota oficial del Gobierno de Polaria al respecto, recibida poco antes de morir Walinsky, también aludía a eso, declarando que su funcionario diplomático Walinsky quedaba expulsado de su cargo y del país, por actuar en desacuerdo con toda orden recibida, en asuntos que no incumbían a Polaria ni a sus intereses.

Donald Callowan colgó el receptor con expresión decaída. Se volvió de nuevo a Rock Spaad, diciendo con voz apagada:

—Ya ha visto, muchacho. Las cosas no se presentan precisamente muy bien ni muy fáciles para nosotros. El caso nos corresponde por entero. Pero no hallaremos el menor apoyo en la Federación de Naciones, porque el Gobierno de Polaria repudia a quienes en apariencia obraron sin obedecerles ni someterse a su disciplina legal. Eso les deja limpios de toda responsabilidad y el suicidio de Walinsky, con su confesión, como perfecta obra de un fanático que, al verse derrotado, prefiere morir salvando a su causa de todo riesgo, termina por facilitar las cosas al nuevo régimen de Polaria, establecido secretamente tras la muerte de su presidente.

—¡Pero ese estado de cosas no puede continuar! —replicó Rock Spaad roncamente—. ¡Las fotografías pueden demostrar la falsedad que se ha montado en Polaria para engañar a la gente! ¡La Federación de Naciones ha de intervenir y condenar al país!

—Posiblemente terminen haciéndolo. Pero costará tiempo. Polaria refutará las pruebas, dirá que son apócrifas. Y todo eso llevará un tiempo precioso... que permitirá a los conspiradores que ahora rigen el poder ocultamente ver

consumados sus experimentos e investigaciones sobre el arma del profesor Hundsén.

Rock Spaad no dijo nada. Advertía claramente la tremenda magnitud de los sucesos. Y se daba perfecta cuenta de que la S.I.P. iba a tener que luchar sola, contra un Gobierno criminal.

Iban a tener que enfrentarse solos con un país regido por gente que ocultaba la verdad, que fingiría ser leal a su patria, sin serlo más que a sus propios intereses, defendidos con la perfidia y el engaño.

Ésa era la clase de enemigos que tenía la S.I.P. enfrente. Capaces de matar, de cometer actos de piratería, capaces absolutamente de todo. Sus miembros, gente fanática y ciega como Walinsky, cegadas al extremo de matarse, antes de dar un paso en falso que denunciase el engaño en Polaria. Un engaño empezado con la tortura y asesinato del presidente Neffels, y continuado con la muerte de un sabio ilustre: Héctor Hundsén.

La «Spacial International Police» recogía el reto de aquellos crímenes. Era una organización policíaca, de jurisdicción internacional e interespacial. Pero en aquel caso existían sus barreras infranqueables. La política interior de un país nuevo, como Polaria, no podía ser ultrajada públicamente. La S.I.P., legalmente, tenía que mantenerse al margen, en un asunto donde el propio gobierno de Polaria denunciaba a los países su inocencia y su propia condenación a los culpables. Todos sabían que los culpables eran ellos mismos. Pero no podía demostrarse ante un tribunal internacional, ni era posible llevar el asunto a la Federación Mundial de Naciones, porque el Consejo de Urgencia rechazaría la moción hasta tener pruebas. Las pruebas serían rechazadas e imputadas de falsas por los representantes del gobierno de Polaria. Y en todo eso, hasta demostrar claramente la legitimidad de tales pruebas, en el complicado mecanismo que siempre tuvo y tendría la política internacional sobre las mesas de conferencias más o menos amplias, se perdería mucho más tiempo del que necesitaba el oculto gobierno de Polaria que asesinó al presidente Neffels, para poseer el arma efectiva, virulenta, creada por la mente de un genio de la electrónica: las vibraciones capaces de acabar con la vida terrestre... e incluso con la propia armonía inmutable de los mundos y de los astros, si la reacción en cadena se realizaba, contra la voluntad e intención de quienes ahora en la sombra pretendían perfeccionar el arma criminal.

Rock Spaad hizo un rápido cálculo mental de todas esas posibilidades, mientras escuchaba a Callowan lo que dijera, y mientras se mantenía en silencio, estudiando la colosal, enorme magnitud de los acontecimientos vividos por él, desde que subiera al aerovía nórdico.

—De modo, señor, que estamos en un callejón sin salida —suspiró—. Perdida la batalla de antemano...

—La S.I.P. nunca perdió una batalla sin luchar, hijo mío —declaró roncamente Donald Callowan—. Aunque... aunque tal vez ésta sea la primera vez en que estoy convencido de que podemos perder. Pese a cuanto

luchemos...

Spaad dijo:

—Pero, señor, nuestra misión es perseguir criminales. El mundo nos encomendó esa misión. La S.I.P. existe con ese solo motivo. ¿Cómo puede ahora el mundo cruzarse de brazos y asistir a nuestra derrota, que será la de su propia seguridad y su existencia misma?

—Mi querido Spaad, el mundo a veces es rematadamente estúpido —dijo Callowan, con una mueca amarga, que difícilmente podía ser interpretada como una sonrisa—. No se da cuenta de que por sí mismo construye los grilletes y cadenas que atan sus movimientos y les lastran, en el momento en que la rapidez de acción sería más necesaria.

—Sí, señor. Eso lo entiendo. Discusiones, conferencias, asociaciones de países y todo eso. Nunca conduce a nada, nunca resuelve nada. Pero existe, y hay que seguir su mecanismo. Aunque se pierda precisamente todo aquel tiempo que se podría ganar para resolver la partida a nuestro favor...

—Justamente, Spaad. Ésa es la situación. La S.I.P. tiene que resolver un misterio. Un misterio reducido a un claro caso de piratería y de crimen colectivo en el espacio. Es un delito concreto, execrable. Pero los culpables se escudan, fingen condenar aquello que ellos mismos hicieron. No podemos atacarles, carecemos de fuerza y de pruebas para señalarles con el dedo, para entrar en el país y desenmascararles ante todo el mundo. Es la primera vez que un delito común, de jurisdicción policíaca de la S.I.P., entra en la esfera complicada y terrible de la política internacional. No podemos hacer nada, muchacho. Nada, sino reunir pruebas, acumular datos... quizá para poner un bonito túmulo para nuestros cadáveres.

Rock Spaad no respondió. Era fácil descubrir cuán desengañado y furioso estaba Donald Callowan. El fundador y cerebro vital de la S.I.P. acababa de encender uno de sus largos y aromáticos habanos. Pero acto seguido lo tiró a un lado, como si le produjera asco. Era sintomático. Callowan estaba sumido en un tremendo dilema y era incapaz hasta de saborear su tabaco predilecto.

Rock Spaad habló de repente:

—Señor, sé que lo que voy a decir es impropio y quizá necio. Pero debo hablar, debo exponerle lo que pienso sobre este maldito caso.

Se había expresado con tal energía, con tan repentina fuerza e intención, que Callowan alzó la cabeza, le miró fijamente y, sin decir más, le hizo gesto de que prosiguiera sin cortapisas.

Valía la pena escuchar al muchacho.

—Gracias, señor —musitó Spaad, erguido, con la faz crispada por un gesto de gran resolución—. He estado pensando en lo que sucede. He recordado cuanto me ha tocado vivir desde el principio mismo, desde que subí al aerovía, y el destino me unió a Doc Watmans. Ahí empezó todo para mí. He vivido mil emociones y he perdido la vida en cien ocasiones distintas, recuperándola luego por puro milagro, cuando menos confiaba ya en ello. Eso me ha dado una experiencia. Y una seguridad: la de que parezco ser yo,

precisamente yo, señor, el elegido por el azar para intervenir en el caso. La S.I.P. puede seguir acumulando datos, reuniendo pruebas con destino a la Federación de Naciones. Pero yo puedo hacer algo más mientras tanto. Puedo actuar al servicio de mi organización... extraoficialmente. Sin ser respaldado en modo alguno por la S.I.P. Es decir, si triunfo y reunimos las pruebas la S.I.P. se anota el tanto. Si fracaso, si caigo muerto, herido o prisionero... soy yo, el ciudadano particular Rock Spaad, quien lo pierde todo. Como un espía, como un agente pagado por alguien que no revelaré, ni siquiera en trance de muerte.

—Eso es demasiado sacrificio, Spaad —Callowan negó con la cabeza—. No puede ser, muchacho. No le concedo permiso en absoluto. No actuará como dice. Esto no es un centro de espías sin corazón ni alma, sino una agrupación de hombres enteros y de camaradas íntegros, que no toleran el sacrificio de otro compañero por el bien común.

—¿Es su resolución final, señor? —preguntó serenamente Rock Spaad.

—Sí, muchacho. No me sacará otra. No voy a sacrificarle a usted ni a nadie. Ocurra lo que ocurra.

—Bien, señor —respiró hondo—. En ese caso... solicito formalmente mi baja de la S.I.P.

Hubo un silencio. Los dos hombres se miraron. Callowan apretó los labios. Estaba algo pálido. Aunque sus ojos metálicos reflejaban reproche, también pugnaban por ocultar un reflejo de instintiva admiración.

—Solicitud denegada, agente Spaad —dijo con aspereza.

—No puede hacerlo, señor. Tiene que concederme la baja. Lo exijo.

—Puedo negárselo. Al menos por un tiempo.

—Un tiempo demasiado largo tal vez —respondió Rock.

—Sí. Es justamente lo que pienso hacer.

—Bien, señor —saludó con firmeza—. ¿Es inútil insistir?

—Inútil por completo —asintió Callowan—. Está oficialmente de vacaciones. Vuelva a Islandia. Estará vigilado. Nadie atentará contra usted. Espere allí.

—¿Esperar? ¿El qué? ¿La hora del Apocalipsis?

Callowan no le contestó. Ambos seguían mirándose. Donald Callowan era demasiado agudo, demasiado experto, para ignorar lo que Rock Spaad estaba pensando. Solamente que fingió ignorarlo. Y siguió fingiéndolo cuando su joven y audaz agente abandonó el despacho de la central de la S.I.P. en Washington.

Pero no se sorprendió demasiado cuando aquella noche, al pedir por Rock Spaad al hotel de Washington donde aquél se alojaba desde su regreso del norte, se le informó escuetamente:

—El señor Spaad se ha ausentado. No dejó dirección, señor.

Aquello era una deserción. Pero Donald Callowan la esperaba. Se sentó lentamente ante su mesa de trabajo. Revisó de nuevo las fotografías obtenidas por Doc Watmans, las mismas por las que el infortunado polar perdió la vida

en el aerovía.

Era perfectamente inútil, pero juzgó necesario hacerlo. Tomó el telefófono e informó:

—Deseo comunicarme con la Federación de Naciones y con la cadena de Televisión Mundial. Tengo pruebas precisas de una conspiración que puede amenazar la seguridad universal... Sí, la S.I.P. respaldará la denuncia ante el Consejo de Urgencia de las Naciones Federadas. Pueden añadir eso también...

Luego colgó, esperando acontecimientos. Preguntándose a la vez dónde estaría Rock Spaad, su agente especial. Había desertado de la S.I.P., él lo sabía. No se iba de vacaciones ni mucho menos. Rock Spaad iba a cumplir su palabra de actuar a su modo. Sin apoyo de la S.I.P. Sin apoyo de nadie...

CAPÍTULO VII

«EL PRESIDENTE»



CHNOFFELS sonrió, mirando fijamente a su visitante.

—Sé de lo que va a hablarme, señor Morgan. Usted, como representante de la Universal News Agency, quiere noticias para la Televisión y Prensa mundiales, ¿no es cierto?

—Eso es... señor —asintió el periodista—. La acusación oficial de la «Spacial International Police», acusándoles del desastre del aerovía nórdico y de la muerte violenta del presidente Neffels y del profesor Hundsen, es muy grave. La Federación de Naciones se reúne mañana y...

—... Y tendrán que rechazar esa estúpida acusación —dijo enfáticamente Schnoffels—. Yo, como delegado de Relaciones Internacionales del Estado de Polaria, aseguro que eso es completamente falso, monstruoso e infamante para mi país, y que una réplica formal será entregada a las Naciones Federadas para que la S.I.P., como organismo policíaco, sea disuelta y declarada ilegal por actitud ofensiva para un país soberano y libre como el nuestro.

—Hay unas fotografías, señor... —argumentó el periodista Morgan.

—¡Fotografías! —aulló Schnoffels, dando un fuerte golpe sobre su mesa de plastmetal—. ¡Embustes, calumnias, fraudes incalificables! Todo esto es una intriga internacional dirigida contra nosotros. Esas fotografías son falsas. El presidente Fedor Neffels vive en el Sanatorio del Estado. El profesor Hundsen padece una dolencia cardíaca y está internado en otro centro sanitario. Se ha aprovechado esa doble coyuntura para idear la farsa. Gentes como el traidor Walinsky, en Canadá, redondearon la trama con visos de realidad, aunque antes de morir tuviera un gesto de honradez y lealtad para su pueblo.

Morgan asintió lentamente. La enfática locuacidad de Knud Schnoffels parecía convencer incluso al observador extranjero desplazado a North Pole City.

—¿Por qué no nos deja ver entonces a uno de los dos? Al presidente Neffels, al profesor Hundsen... Cualquiera de ambos bastaría para convencer al mundo de que la S.I.P. se equivoca. Publicaríamos fotografías, reportes, desharíamos los hilos de la intriga.

Knud Schnoffels pareció meditar largamente antes de decidirse a dar una respuesta con expresión ceñuda.

Dijo:

—No, eso no. No puedo hacerlo. La salud y la seguridad personal de los dos está por encima de dudas extranjeras e insinuaciones malévolas. No verán al presidente ni al profesor. Eso es todo. Ahora, crean o no, es cosa suya.

—Muy bien —asintió el corresponsal Morgan, mordiéndose el labio inferior—. Al menos... podré fotografiar la fachada del Sanatorio del Estado, ¿verdad? Quisiera ofrecer a mis lectores de todo el mundo...

—Mi querido señor Morgan, la prensa puede moverse libremente en nuestro país —sonrió Knud—. No es un sistema totalitario ni una dictadura feroz, implantada por el terror. Vaya adonde quiera. Tiene libre circulación por Polaria. Puede fotografiar lo que guste... Le daré un permiso especial para que no le confundan nuestros agentes de seguridad con algún espía o traidor. Espere, señor Morgan...

El representante de la prensa extranjera esperó. Schnoffels le concedió lo prometido. Un pase en plastylor rojo, muy visible, colgado de la solapa de su cazadora de sedanyl a prueba de frío. Con ella podría circular libremente por Polaria sin ser detenido ni molestado por nadie. A Morgan no le pareció ciertamente ninguna medida puramente democrática, pero se sintió satisfecho con ello. Ya era algo.

—Es más, señor Morgan —dijo Schnoffels, con acento jovial, estrechando su mano—. Yo mismo le invito oficialmente a ver el Sanatorio del Estado, a recorrerlo... con excepción, naturalmente, de la cámara destinada al presidente Neffels. Todo lo demás está a su disposición... Verá cómo quiere nuestro pueblo a Fedor Neffels. Rodean desde hace días el hospital. Aguardan incansables el día de ver a su ídolo, el presidente. Ellos creen en él, creen en nosotros, sus leales, no en los traidores que desean ver hundida a Polaria. Y esperan... Esperan siempre...

—¿Con esperanzas de ver alguna vez al presidente? —inquirió con una sonrisa el corresponsal.

—Desde luego, señor Morgan... Desde luego —aseveró con voz helada Schnoffels—. Lo verán. Tarde o temprano, él sanará. Y lo verán en público... ¡Lo verán, señor Morgan!

* * *

El Sanatorio del Estado ocupaba la cima de una montaña rescatada a los hielos eternos, en las proximidades de North Pole City. Estaba muy protegida. Demasiado para que Polaria no fuese, tal y, como aseguraba Knud Schnoffels, un país, dictatorial. Había grupos de fuerzas armadas por doquier, rodeando la elevación donde se alzaba la aséptica, blanca y rectilínea, estructura del sanatorio.

El periodista llegó con Schnoffels hasta las mismas puertas del edificio. Fue introducido en el sanatorio, recorrió todas las dependencias, los blancos e interminables corredores, absolutamente todo... menos la puerta de la estancia 42-B. Explicó al periodista:

—Es la «suite» de habitaciones del presidente Neffels. Nadie puede entrar ahí...

Y parecía ser cierto. Dos agentes armados montaban guardia en la puerta. Era como si realmente Fedor Neffels estuviera allí dentro, protegido de la curiosidad pública y de sus enemigos... O, tal vez la verdadera explicación era que allí no había nadie, y se guardaba celosamente tal secreto. Todas las especulaciones eran posibles. Pero la visita, no demostraba absolutamente nada. Eso favorecería siempre a Schnoffels ante la opinión mundial.

—Vea, Morgan —dijo el encargado de Relaciones Internacionales cuando acompañaba al corresponsal ladera abajo—. Aquel balcón alargado corresponde a las estancias del presidente. Y vea ahí a la gente que espera. El día que él esté curado asomará ahí. Y agitará su mano hacia la gente para demostrarles que vuelve con ellos y que nunca dejó de pensar en ellos... Ésa será la mejor prueba que tendrán las Naciones Federadas. Y la mejor acusación contra nuestros enemigos del exterior...

Morgan asintió en silencio. Contempló a los centenares, quizá millares de espectadores reunidos bajo el edificio sanitario. Acampaban allí, incansables, esperando que surgiera su amado presidente al balcón. Morgan pensó que era una esperanza vana. Neffels debía de haber muerto, aunque la opinión pública internacional no pudiera demostrarlo. Acaso todo lo que hacía el gobierno de Polaria era esperar a tener un buen sosia con el cual engañar a las gentes, al menos por unos días.

—Muy bien —dijo tras tomar unas fotografías del que prometía ser histórico balcón y que tal vez se quedara solamente en eso: en promesa—. Vamos ya, señor Schnoffels. Creo que será bastante... al menos, por ahora. Yo no tengo, después de todo, esperanza alguna de estar presente cuando aparezca ante los suyos el amado Fedor Neffels, presidente de Polaria...

Schnoffels asentía sonriendo cuando el prodigio ocurrió. Fue como si Morgan, el corresponsal, hubiera presentado que había de ocurrir algo así. La primera noticia fue un clamor, un grito estentóreo de júbilo y de satisfacción, de encendido entusiasmo, que conmovió a la masa agrupada bajo el edificio.

Schnoffels, con un juramento, se volvió en redondo. Su rostro tomó el color de la cera y clavó la mirada en los balcones del sanatorio. Uno de estos, justamente el central, acababa de abrirse. Y un hombre inconfundible, de barbita recortada, cabello rubio-pelirrojo y fascinantes pupilas verdes, emergió, con paso lento pero seguro, hasta la balaustrada. Allí se detuvo, inclinó la cabeza, agitó su mano, saludando a las gentes reunidas abajo. El clamor creció, una especie de corriente magnética indefinible sacudió en un momento a todos los presentes.

—¡El presidente! ¡Viva el presidente! —aullaban cien, quinientas, quizá mil voces.

—¡Viva! ¡Hurra por el líder de Polaria! ¡Siempre grande Fedor Neffels, presidente querido! —aullaban otros cuantos millares de gargantas en un coro impresionante.

—¡Que me ahorquen si paso a creerlo! —aulló a su vez Morgan, el periodista, sin prestar siquiera atención al gesto estupefacto, atónito, de Knud Schnoffels, petrificado junto a él por una sensación de vivo estupor.

Morgan comenzó a tirar placas del acontecimiento, electrizado, como la mayoría de los presentes, mientras los ojos atónitos de Schnoffels parecían admitir con dificultad la imagen de Neffels en sus retinas. Pero estaba demasiado aturdido para reaccionar de algún modo y se limitaba a asistir al acontecimiento.

Las gentes de North Pole City estallaban de júbilo y de entusiasmo. Era un raudal, un auténtico torrente de fervor y de ciega pasión por su líder político. Y allá en lo alto, la figura sencilla, casi bondadosa, inclinábase una y otra vez, agitaba su mano en repetido gesto de salutación. Luego hizo una pausa breve, agitó sus brazos, pidiendo silencio a la multitud.

Fue más imperativo que si lo ordenara a tiros. La gente enmudeció, permaneció pendiente de sus gestos y movimientos, en un silencio casi sepulcral. Morgan miró de soslayo y captó una lividez extraña en Schnoffels. El político se mordía el labio inferior, sin quitar sus ojos centelleantes de la figura del presidente, erguida en el balcón del Sanatorio del Estado. Y no parecían reflejar ciertamente entusiasmo ni amor aquellos ojos.

—Va a hablar —dijo Morgan con acento levemente sarcástico.

—Sí —asintió Schnoffels, fingiendo una sonrisa—. Va a hablar... No debiera esforzarse tanto... Pero esto convencerá al mundo entero.

Era un triunfo para la política de Polaria y un fracaso rotundo para la S.I.P. Pero Schnoffels no parecía demasiado feliz por ello.

—Escuchad —dijo la voz lenta, grave del presidente, en la lengua natural de Polaria—. Escuchad, amigos y hermanos. Estoy cansado. Hablaré poco. Pero mañana oídmeme en el Palacio Presidencial. Os hablaré de verdad. Os diré la verdad. Hasta entonces, hermanos míos...

Morgan parpadeó. Había llegado a pensar que era un sosia. Pero la voz, las palabras elegidas, el tono utilizado, absolutamente todo, era habitual en el auténtico presidente, en el hombre que, según fotografías respaldadas por la opinión oficial de la «Spacial International Police», había sido torturado y muerto por elementos rebeldes de Polaria.

Knud Schnoffels parecía tan sorprendido y desconcertado como él. Allá, en el balcón, proseguía el presidente dirigiéndose a sus leales. Muchos de éstos corrían ladera abajo para extender la gran noticia por doquier. La reaparición de Fedor Neffels sería pronto del dominio público. Y sacudiría la opinión mundial con la fuerza de un trallazo.

—Vamos —dijo Schnoffels de pronto—. Es mejor que volvamos. ¿Tiene ya usted el material que desea para su información, señor Morgan?

—Tengo eso y mucho más —rio el corresponsal—. Jamás pude soñar con una exclusiva así. Supongo que podré publicarla, ¿no es cierto? No había pensado que puede haber restricciones de tipo puramente político u oficial y...

El encargado de Relaciones Internacionales denegó con la cabeza,

procurando que su gesto fuese lo más normal y sociable que le era posible obtener.

—En absoluto, amigo mío —cortó Schnoffels—. Está autorizado a publicarlo todo. Así obramos en Polaria, puede decirlo a todo el mundo...

Morgan asintió, disimulando su sonrisa. Schnoffels era un hábil hombre de oportunidades y le gustaba explotar éstas hasta el límite. El golpe teatral de ahora en el sanatorio había sido muy oportuno y conveniente para su política. Y funesto para la S.I.P.

El vehículo que conducía a Schnoffels y a Morgan se alejó de allí. Aún se quedaba en el balcón la figura amada, de Fedor Neffels agitando sus brazos a la multitud.

* * *

—¡Por todos los demonios del infierno! —aullaba Knud Schnoffels, paseando furiosamente arriba y abajo en su cámara—. ¿Es que aún no han logrado aprehender a ese hombre?

—Imposible, señor —manifestó Kapesha Raw, jefe de Seguridad Nacional de Polaria, con ademanes contritos—. La gente le rodea, le protege mejor que cualquier cinturón defensivo. Es su ídolo y lo han recuperado. No podemos hacer nada, o la gente nos lincharía. Todos están con Fedor Neffels, ésa es la realidad.

Schnoffels dijo:

—¡Pero esto es ridículo! ¡Usted sabe la verdad como yo, Kapesha! ¡Ese hombre no es Fedor Neffels! ¡No puede serlo! ¡Están adorando a un fantasma, a un farsante que finge ser Neffels y que no sé cómo diablos pudo llegar hasta allí y aparecer en el balcón!

—Hemos investigado eso, señor —dijo el jefe de Seguridad—. Y hallamos un turbomóvil helicoidal, monoplaza, de motor silencioso, no lejos del sanatorio. Debió de aterrizar con él ese farsante y penetrar de algún modo en las cámaras desiertas que se debía de hacer creer eran las del presidente. Una vez en ellas, esperó su momento, bien oculto, y emergió cuando sabía que había observadores de la prensa extranjera.

—Sí, sí, todo muy hábil, muy ingenioso —rugió Schnoffels—. Pero ¿por qué? ¿Por qué? ¡Eso no beneficia a nadie, sino a nosotros mismos! ¡Y nosotros no hemos planeado eso!

—Bien. Aceptemos entonces el juego tal como viene y aprovechemos sus ventajas —sugirió Kapesha Raw.

—¡Imbécil! ¡Carece de inteligencia por completo! —se irritó Schnoffels—. No me gusta el juego de los demás cuando parece beneficiarme a mí. Yo sé lo que pretendían al hacer eso. Y de momento lo han logrado: el farsante ha demostrado que Neffels vive. Se ha presentado como el auténtico presidente. Ha aprendido nuestra lengua, pronuncia perfectamente las palabras que pronunciaba el presidente, quizá copiadas de alguna cinta magnetofónica, y ha llegado a fingir su color de ojos y su cabello, sus movimientos, absolutamente

todo, basándose sin duda en imágenes televisadas y cinematográficas que estudió a fondo. Al parecer, nos favorece a nosotros. Pero en realidad puede destruirnos luego de un solo golpe. Le basta con presentarse de nuevo mañana en el Palacio Presidencial, como ha prometido... y dar el golpe decisivo, hundiéndonos a todos ante sus miles de seguidores que harán cuanto él les pida...

Kapesha Raw hizo un gesto de repentino miedo al comprender cuáles podían ser los auténticos móviles que guiaban al falsario que decía ser Fedor Neffels.

—¡Oh!; entonces... es preciso impedirlo —jadeó—. A toda costa...

—Justamente —asintió Fedor Schnoffels—. Y eso es lo que debo hacer yo, Kapesha...

Raw dijo:

—Por favor, señor. Es misión mía la de...

—Eres un imbécil, mi querido jefe de Seguridad. Cesarás en el cargo por inepto. Pasarás a otro de menos responsabilidad, sólo por premiar tu fidelidad a nuestra nueva causa. Pero nada más. Ese hombre, ese falsario, jamás debió llegar a Polaria. Ha llegado. Muy bien. Actuaré en consecuencia... a mi modo. Fuera, Kapesha. No te necesito.

Sumiso, humillado, el jefe de Seguridad Pública de Polaria abandonó la estancia del hombre que parecía regir los destinos de la nación en ausencia del auténtico presidente. Una vez solo, Schnoffels tomó con aire frenético el televisófono. Pidió conexión con los pabellones de la ciencia. Inquirió, al ponerse en contacto con la dirección:

—¿Y los trabajos sobre la fórmula Hundsén? ¿Cómo van, profesor Krawoc?

—Lentos, pero seguros —respondió el científico que surgía en la pantallita visora.

Schnoffels gritó:

—¡Lentos! ¡Hatajo de necios, no quiero lentitud, sino seguridad, labor firme y segura! ¡Y mucha rapidez ahora! ¡Me urge tener la fórmula capaz de actuar limitadamente!

El científico dijo:

—Señor, eso es difícil. Muy difícil. La destrucción por vibraciones electromagnéticas de gran frecuencia lo puede aniquilar todo a la vez. No tiene límites por ahora.

—¡Bien, no importa! —rugió Schnoffels—. ¡Si no hay otro remedio, utilizaré la fórmula tal y como está ahora!

—Imposible, señor... —musitó el científico—. Sería la muerte de...

—¡De todos, ya sé! —la risa dura, agria, de Knud Schnoffels tuvo matices diabólicos—. ¿Cree que eso me importaría mucho si las cosas ruedan mal y pierdo la partida?

Colgó, furioso. Luego volvió a descolgar. Pero en vez de pedir línea conectó una línea secreta, ajena a la central de televisófonos de North Pole

City.

En la pantalla solamente una mano enguantada emergió empuñando el auricular. Del destinatario de la llamada ni un solo detalle más. Su rostro se mantuvo en todo momento fuera del cuadro. Schnoffels escrutó la pantallita en vano mientras hablaba entrecortadamente.

—Señor, una gran desgracia —informó escuetamente, con tono servil—. Ha surgido el presidente por fin. Me refiero a Fedor Neffels. Asomó al balcón del sanatorio...

—¿Un «doble» habilidoso a lo que veo? —sonó la voz hueca, fingida, del interlocutor de Schnoffels.

—Eso es, señor. Pero la gente cree que es el auténtico Neffels. Y mañana quiere hablar en el Palacio Presidencial. Puede hundirnos... a todos.

—¿Cómo dejaron que eso sucediera? —se irritó el desconocido interlocutor—. Hemos hecho esta revolución para algo. Schnoffels. Aniquilamos al presidente Neffels y a su Consejo de Gobierno. Mandamos sólo nosotros, estamos a punto de poseer el arma más terrible de todos los tiempos... ¿y qué hacen ustedes? Dejar que un enemigo, un extranjero, penetre en el país fingiendo ser Fedor Neffels, volviendo a crear la psicosis nacional en torno a su figura, todo bondad y rectitud. ¡Es incalificable ese error suyo, Schnoffels!

—Pero, señor, no podía imaginarlo, ni siquiera preverlo... Ha sido un golpe audaz, rápido... Y el parecido del hombre es fantástico. Yo mismo hubiera jurado que era el presidente si no supiera todo... ¿Qué podemos hacer ahora?

—Resolver las cosas a nuestro modo. Recuerde que ahora soy yo el «Dictador». Él que da las órdenes, Schnoffels. He oído por radio lo del sanatorio y había madurado ya un plan. Es audaz, pero lo llevaremos a la práctica. Ante todo, Schnoffels... ¡detenga a ese hombre! Impida violencias, testigos de su captura y todo eso... ¡pero deténgalo!

La imagen se apagó en la pantalla. Se cortó el sonido. El llamado «Dictador» había cortado la conexión. Knud Schnoffels tenía hondo margen para reflexionar lo más conveniente, encaminado a la captura sigilosa, cauta, del hombre que decía ser Fedor Neffels.

CAPÍTULO VIII

LA FAZ DEL «DICTADOR»



El turbomóvil se detuvo con dificultad entre la multitud delirante hasta casi rozar al presidente. El turbomóvil portaba la bandera nacional y el distintivo del gobierno, y la gente, respetuosa, le dejó paso por fin, dejando un poco suelto a su ídolo.

Éste fue quien pugnó por eludir a los hombres del turbomóvil, pero eso era ya imposible. Pese a su rápida maniobra por escabullirse, la portezuela se abrió y los brazos de varios hombres atrajeron hacia dentro a Fedor Neffels, el milagrosamente reaparecido en el gran balcón del sanatorio y trasladado hombre hasta la entrada misma de la ciudad, rodeado de gentes estremecidas de fervor y de fe en su paladín político.

—Y bien, excelencia —dijo burlonamente Knud Schnoffels, volviéndose al hombre que acababan de acomodar junto a él en el turbomóvil, casi a viva fuerza—. ¿Qué tal sienta interpretar el papel de un gran hombre y tener un público tan leal y tan crédulo?

—Le devuelve a uno la fe en la bondad humana —respondió con helado acento el supuesto Fedor Neffels, encogiéndose de hombros—. De según qué especie humana, claro...

—¿De modo que no va a negar nada? —se sorprendió Schnoffels, parpadeando.

—¿Ante ustedes? —el «presidente» rio con aire burlón—. Por Dios, ¿me creen tonto? Puedo fingir ante el pueblo que aún creen vivo a su ídolo. Pero no ante sus verdugos. Ustedes mataron al verdadero presidente. Saben de antemano las cartas que llevo. No tendría gracia ni merecería la pena fingir un póquer cuando solamente llevo unas parejas.

—Me asombra su sangre fría. ¿Qué espera ganar con todo esto? —gruñó. Schnoffels.

—Tiempo —rio el falsario, clavando sus extraños ojos verdes en el hombre que manejaba las riendas del poder en Polaria—. Justamente lo mismo que ustedes necesitan.

—¿Y sólo por eso ha venido a morir en Polaria?

—Sólo por eso.

—Realmente, su parecido con Neffels es notable.

—Lo sé. Antes que usted, Doc Watmans, Urk y otros ya lo advirtieron. Sólo que ninguno de ellos le informó. Ni siquiera su esbirro, Walinsky,

porque careció de ocasión para ello...

—¿Usted es de la S.I.P.! —aulló Schnoffels—. ¡Es Rock Spaad, el hombre que entregó el microfilm de Watmans!

—El mismo, señores. Soy Rock Spaad. He demostrado que puedo suplantar a Neffels. Y si no quiere provocar un caos tendrá que dejarme suelto hasta mañana para que hable en el Palacio Presidencial a esa gente.

—¿Qué esperan lograr con eso la S.I.P. y usted?

—La S.I.P., nada. He dejado de pertenecer a ella. Yo espero jugar mi propio juego.

—Eso suena bien. Pero no le creo.

—Me tiene sin cuidado —Spaad se encogió de hombros. Tras sus falsos ojos de plástico, de color verde, sus pupilas ocultaron el brillo malicioso de su mirada—. Es la verdad. La S.I.P. nunca hubiera hecho la tontería de enviarme de este modo. ¿Qué ganaban ellos con esto?

—Es cierto —Schnoffels entornó los ojos, pensativo—. La S.I.P. no gana nada sacrificándole. A no ser que dijera la verdad al aparecer en el balcón del sanatorio. Pero no podía hacerlo, o demostraría que usted era un falsario.

—Puedo hacerlo mañana. He estudiado estos días intensamente los modos y voz de mi «doble». Lo sé fingir a la perfección. Me creerán.

—¿Y les dirá que matamos a Neffels? —rió el otro—. ¿Cómo creerán entonces que usted ha «resucitado»? Ni siquiera su ídolo puede hacer un prodigio así.

—Ocultaré ese leve detalle. Me referiré solamente a torturas, traiciones y todo eso. Les azuzaré contra ustedes. Me creerán; ya verá.

Schnoffels palideció levemente. No había pensado en eso. Miró con dureza a Rock.

—Haré que le maten ahora —manifestó con tono helado—. Eso lo resuelve todo.

—Si fuera tan fácil, no hubiera solicitado la baja de la S.I.P. para venir aquí a suplantar a un hombre con el que Dios ha querido que guarde gran semejanza. Sería una tontería sin resultado práctico alguno, compéndalo.

—Al que quisiera comprender es a usted —Schnoffels se mordió el labio—. Y no lo consigo... ¿Qué pretende? ¿Qué espera ganar con todo esto si es cierto su plan?

—Espero estar al lado de los más fuertes. Y sacar tajada. Sé que están perfeccionando la fórmula del profesor Hundsén. Eso les hará poderosos, invulnerables. Quiero mi parte. Seré el sosia perfecto de Fedor Neffels, el presidente. No es fácil hallar a un tipo tan parecido a él como yo. Exijo mi precio por ello. Seguirán teniendo un muñeco, un hombre de paja, cara a su gente de Polaria. Un presidente de mentira, que cubrirá sus espaldas, e impedirá posibles revueltas. ¿Quiere algo más seguro?

—No es una proposición alocada, ciertamente —asintió Schnoffels—. Pero yo no soy el que manda aquí, Spaad. Su audaz maniobra es posible que tenga éxito... si el «Dictador» acepta sus condiciones.

—¿Él... «Dictador»?

—Eso es. El auténtico jefe que suplirá a Neffels en el mando. El que ha planeado convertir a Polaria, un país oscuro y olvidado de todos, en una primera potencia mundial, en la auténtica cabeza del mundo actual.

—Entiendo. ¿Y dónde está ese «Dictador»?

—Tal vez llegue a verlo. Yo sólo soy Knud Schnoffels, su brazo derecho y encargado de Relaciones Internacionales. Él será quien resuelva... definitivamente. Ahora vamos a Palacio, señor «presidente». Si ha de ser un supuesto Neffels en el futuro estará bien empezar ya a fingirlo con todo detalle, por si alguien se pone suspicaz...

Y el turbomóvil enfiló, a través de la blanca ciudad ártica, hacia el Palacio Presidencial de North Pole City.

* * *

Rock Spaad, sentado apaciblemente en la cámara presidencial, esperaba. Esperaba la llegada del «Dictador», del oculto cabecilla de la sangrienta y sorda rebelión de Polaria que terminó con el mandato real y con la existencia del presidente Neffels.

Estaba pensando en muchas cosas el joven agente de la S.I.P. En su súbita marcha de Washington, sin permiso de Callowan y sin informarle de su destino. En su intensivo y rudo aprendizaje de la voz, ademanes y aspecto general de Fedor Neffels, encerrado con un profesor de fonética e idiomas nórdicos, con otro de arte dramático y con un operador y una colección de films y cintas magnetofónicas de Fedor Neffels, en un escondido lugar del Canadá.

Luego el viaje a Polaria, en un turbomóvil helicoidal, el audaz descenso, del más puro estilo de «comando» en las proximidades del Sanatorio del Estado, la entrada sigilosa en el centro sanitario y la teatral aparición en los balcones, cuando sabía que había un importante periodista extranjero como testigo.

Esto, que hubiera podido hacerse en colaboración directa con la S.I.P., tuvo que hacerlo por sus propios medios, tras desertar virtualmente de la organización para poder llevar a cabo su temerario, desesperado plan de batalla, dentro mismo del país enemigo,

Era quizá la primera vez que un agente de la S.I.P. se convertía en espía. Pero también era la primera vez que un caso delictivo de piratería espacial y asesinato se mezclaba tan confusamente con la política internacional, ligando las manos a las organizaciones policíacas del mundo entero, con la propia S.I.P. a la cabeza.

Contra lo que esperaba, había pasado la noche apaciblemente, bien atendido y cuidado en el Palacio Presidencial, como si realmente fuese él Fedor Neffels en persona. Sabía Rock que, entretanto, algo serio debía tramarse para contrarrestar su acción o para llegar a un convenio. Pero eso era cosa de Schnoffels ahora, mientras él aguardaba. El «Dictador» posiblemente estaría planeando a la vez su propio juego, estudiando sus cartas antes de

cantar la jugada.

Y había una multitud al pie de los grandes balcones. Una multitud que esperaba la aparición de Rock Spaad bajo su falsa identidad de Fedor Neffels, presidente de Polaria, en la fachada del Palacio Presidencial de North Pole City.

El rumor de ese gentío subía como un zumbido continuado, e iba en aumento por instantes, llenándolo todo con su febril mosconeo. Rock Spaad fumaba calladamente, escuchando ese barómetro del pulso popular en North Pole City. Que era como decir en toda Polaria.

Faltaba poco tiempo para la hora fijada de la arenga del presidente a su pueblo. Rock Spaad, impaciente, consultó de nuevo su reloj. En ese momento se abrieron las puertas de la cámara.

Alzó Rock la cabeza. Vio aparecer a Schnoffels con expresión sonriente, risueña, seguido de un hombre de larga túnica negra y caperuza de igual color, cubriendo su cabeza. Un grupo de seis hombres armados les seguían. Cuatro se quedaron fuera. Entraron con ellos dos solamente. Ambos sin uniforme, provistos de armas de gran potencia y ligero manejo. Sin duda, guardianes a sueldo del encapuchado. Que, a no dudar, era el «Dictador» en persona...

—Creí que no vendrían —dijo Rock Spaad, incorporándose, con un tono firme de voz—. Ya iba a salir a hablar con la gente. Y eso no les hubiera favorecido. Pero veo que, al final se decidieron. ¿Qué resuelven? ¿Asesinarme, como al verdadero, como a Doc Watmans y como al profesor Hundsén... o eligen el camino del reparto amistoso con un nuevo aliado que puede serles muy útil?

Knud Schnoffels no dijo nada. En vez de ello, miró al encapuchado. Éste rio bajo su capucha, levantó una mano enguantada y señaló a Rock Spaad.

—Usted tiene un parecido notable con el «presidente» —observó—. Tanto, que comprendo su punto de vista. Hubiera sido muy útil... si hubiésemos necesitado en realidad un «doble» de Neffels. Pero no es ése el caso. Usted nos sobra, Spaad. En muchos sentidos.

—No saben lo que dicen —replicó Rock serenamente—. La gente me ha visto ya. Me esperan así, como a su ídolo. Si no comparezco, si no les hablo de nuevo con frecuencia, provocarán disturbios. Creerán la historia de que estoy secuestrado y se rebelarán contra ustedes...

—Evidentemente, es una jugada tan osada como inteligente, señor Spaad —dijo el «Dictador» con voz fría—. Lástima que le haya fallado en dos puntos. Primero: tengo la fórmula del profesor Hundsén resuelta a nuestro gusto. Virtualmente, podemos enfrentarnos al mundo entero en una guerra y aniquilarles, quedando nosotros a salvo.

—Les felicito —Rock achicó los ojos, falsamente verdes gracias a los globos plásticos superpuestos—. Pero eso no lo resuelve todo. No pueden usar su terrible arma electrónica en su propio pueblo amotinado...

—Cierto que no —rio el «Dictador»—. Su baza hubiera sido perfecta en noventa y nueve casos de cada cien. Pero lamentablemente ha cometido un

serio error, señor Spaad.

—¿Cuál?

—No advertir que aquí, en Polaria, no era Neffels quien estorbaba, sino su Consejo Asesor de Gobierno. Fedor Neffels nunca fue lo buena persona que fingió. Era su Consejo quien gobernaba con prudencia, y él quien creaba una masa que le idolatraba.

—Ese Consejo ha desaparecido también, ¿no? —replicó Rock—. Asesinados todos, sin duda. Por tanto, las cosas no cambian. La gente adora a Neffels, sea realidad o mito. Y ahora solamente tienen un Neffels a su alcance: ¡yo!

—Se olvida de otro —rio el encapuchado «Dictador»—. El verdadero Neffels... que jamás murió. Un sosia tan bueno como usted es todo lo que Doc Watmans captó con su cámara en las mazmorras...

Y con gesto rápido el «Dictador se quitó su capucha negra. Hasta Schnoffels lanzó una exclamación de sorpresa.

El hombre que se llamaba a sí mismo «Dictador» y cubría su rostro era la perfecta réplica de Rock Spaad. Barbita recortada, ojos verdes, cabello rubio-rojizo...

Aquél era el verdadero Fedor Neffels, el «presidente».

CAPÍTULO IX

DESENLACE



OLAMENTE así podía perder —declaró roncamente Spaad, saliendo de su sorpresa—. No necesitan un falso Neffels... porque tienen al auténtico. Falsearon todo, salvo la desaparición del Consejo de Gobierno, poniendo así todo el poder en sus manos, Neffels. Una hábil jugada. Un «doble» torturado y muerto como si fuese Neffels... y usted mandando en la sombra hasta el día que se sintiera lo bastante poderoso y fuerte como para desafiarlo todo, saliendo del anónimo. Ése era el gran secreto de la revolución en Polaria...

—Y seguirá siéndolo —rio el auténtico «presidente» a quién todos dieran por muerto—. Ahora no será usted quien salga a decir ahí la verdad a la gente, Spaad. Ha perdido la partida y debe admitirlo así. No contó con el mejor triunfo, que estaba en mis manos. Pero a fin de cuentas nadie lo sospechó en realidad. Ni Schnoffels, mi leal auxiliar...

—¿Van a ejecutarme también? —inquirió con serenidad estremecedora Rock Spaad.

—Naturalmente. No podemos hacer otra cosa al extremo que hemos llegado —sonrió Fedor Neffels—. Créame que lo lamento, porque admiro la valentía y la ambición sin límites que ha demostrado... Pero vivo sería usted siempre un peligro. Sabe demasiado. Desde el principio supo demasiado sobre mí y sobre mi país, señor Spaad. Lamentable facultad la suya, que le llevará a la muerte. Voy a hablar a mi gente. Luego volveré aquí. Quiero que para entonces me presentes un cadáver, Schnoffels, y no un hombre vivo. Obra como en el caso de Hundsén. Rápido y eficaz.

—Bien, señor —asintió Schnoffels—. Se hará así. En cuanto a la fórmula de Hundsén...

—La conservaré yo —sonrió Neffels con aire glacial—. Es demasiado peligrosa para estar en malas manos... Después de todo, esa fórmula es la que nos ha de abrir todas las puertas del poderío mundial. Someteremos a los pueblos, haremos inclinarse ante nosotros a los más poderosos dirigentes de la Tierra... ¡Seremos los más grandes y temidos líderes del planeta! ¡Y de todo el Universo, Schnoffels!

Hablaba con fanática convicción. Rock Spaad comprendió que se hallaba ante un loco ebrio de poder y de gloria. Un loco peligroso, quizá de la más peligrosa especie del mundo.

Y en sus manos estaba el arma capaz de darle lo soñado. La fórmula apocalíptica de un elemento destructor pavoroso.

Neffels avanzó hacia el balcón, dispuesto a hablar a su pueblo. Presionó los resortes magnéticos y las hojas de plastmetal y vidrio blindado se deslizaron a ambos lados. Emergió el presidente, el auténtico presidente, a la plataforma rodeada de baranda metálica. Un clamor del pueblo le acogió...

—Lo siento, Spaad —sonrió cínicamente Schnoffels—. Voy a matarle...

—No sea hipócrita. No lo siente. Dispare, asesino. Le va a ser más fácil que matar a un viejo profesor como Hundsén, acuchillándole por la espalda...

Knud Schnoffels, sin borrar la sonrisa de su rostro, levantó el arma hacia Rock Spaad. Éste, tenso, esperaba una oportunidad, por leve que fuese, de enfrentarse a su enemigo. Pero era difícil que Schnoffels se descuidara en tal momento. Además, estaban los dos guardianes armados del «Dictador», como mudos testigos de la escena.

Rock se arrancó la barbita de un tirón. Un fuerte parpadeo expulsó los globos plásticos de sus ojos. Volvía a ser Rock Spaad, no el «doble» de Neffels. Ahora, el parecido era ya mucho menor. Irguió la figura, esperando morir, con la mirada muy fija en Schnoffels.

De súbito, éste tosió. Y tosieron también sus dos esbirros. Los ojos se les cubrieron de lágrimas. Otro espasmo les forzó a toser. Rock, conteniendo el aliento, asistía, firme y callado, al raro fenómeno.

—¡La barbita, maldito sea! —aulló Schnoffels, mirando con ojos desorbitados a la pieza de pelo postizo que arrancara Rock de su piel y que humeaba un tenue vapor azul, caída en tierra—. ¡Ese vapor... es un tóxico...!

Tosió de nuevo. Luego disparó. Fue un disparo de su pistola de cargas térmicas sobre Rock Spaad. Sólo que éste había saltado ágilmente de lado, mientras su barbita despedía el humo letal, irritante. Y el disparo fue hacia el balcón.

Sucedió algo terrible. En la balastrada, cara a su público, el ídolo de Polaria se estremeció, convulso. Luego un alarido terrible brotó de sus labios. Se volvió, descompuesto, mientras su espalda era un horripilante, abrasado amasijo de carne y de sangre que humeaba, con olor acre. Se revolcó, desesperado, chillando:

—¡Maldito! ¡Schnoffels, maldito seas!... ¡Mi espalda!... ¡Me mue... ro...!

Rock Spaad, estremecido, asistió a la agonía rápida y dolorosa de aquel hombre que un momento antes tenía el cetro del mundo en sus manos con una simple fórmula. Y que ahora, por el fallo de su compinche, caía víctima de sus propias armas...

Tenía algo de justicia divina. La gente elevó un clamor terrible ante el asesinato de su ídolo, cargó contra las puertas del Palacio Presidencial, arrastrada por una furia que lo arrollaría todo. Schnoffels, aturdido, tosiendo y llorando, disparaba a todas partes, sin dirección, jurando y maldiciendo, medio ciego y rabiosamente impotente.

Su nombre, en labios de Neffels al caer, había dictado su sentencia de

muerte. La multitud le lincharía, por lo que creía el asesinato del mejor hombre del mundo: Fedor Neffels.

Rock Spaad, a salvo gracias a la cápsula irritante, contenida en su barbita postiza como recurso extremo, solamente tenía ahora un propósito: huir. Huir lejos de Polaria, de aquel escenario dantesco, donde la furia popular despedazaría ahora a muchos responsables. Neffels y sus esbirros habían querido crear una farsa, y ahora pagaban sus propias culpas, ante la opinión pública, equivocada intencionadamente por ellos.

En el balcón, Neffels agonizaba, con pavorosa expresión de terror. Rock saltó hacia él, se inclinó sobre su cuerpo abrasado, rebuscó entre sus ropas... Allí encontró un rollo de materia magnetofónica, de alguna máquina-robot. Y junto al mismo, unos documentos en papelpast, escritos con datos y cifras. Sin duda, la fórmula original del profesor Hundsen, robada a su cerebro electrónico, tras del asesinato del sabio. Y el perfeccionamiento de la fórmula, a manos de los científicos de Polaria regidos por Neffels.

La gente le vio, y creyéndole algún otro enemigo de su ídolo, le gritó terribles amenazas. Llovieron algunos bloques de piedra y de vitrorroc blanco. Spaad sintió un duro golpe en el pecho y otro en la mejilla. Ésta goteó sangre.

Miró en torno, buscando una huida que, por momentos, parecía más y más difícil. Tal vez también iba a morir, víctima del juego de mentiras creado por Schnoffels y su misterioso «Dictador»...

En aquel instante, un motor helicoidal zumbó sobre su cabeza. Alzó Rock los ojos al cielo, con expresión desesperada, angustiosa. Llovían más y más piedras sobre él, algunos exaltados escalaban la fachada del palacio, para caer sobre Spaad y lincharle...

—¡Aquí, Rock! —gritó una voz conocida, desde el turbo-helicóptero.

Él había realizado su tarea en soledad. Por tanto, ningún auxiliar había en Polaria que pudiese ayudarle en la grave situación. El joven agente de la S.I.P., asombrado, reconoció a la persona asomada a la portezuela del turbo-helicóptero, que le tendía una escala de sedaplast, resistente y ligera, para que subiese a bordo.

Era la faz morena, hermosa y sensual, de Ingrid Talaar, su bella compañera de fuga desde Baffin Island hasta los Estados Unidos...

Sin vacilar más, Rock se enfrentó al primer ciudadano de Polaria que alcanzó el balcón donde yacía muerto Neffels. Le soltó un directo formidable al mentón, que lo arrojó de nuevo a la plaza, sobre las cabezas apiñadas abajo. Luego, Spaad brincó, aferrándose a la escala colgante. Comenzó a ascender hacia el turbo-helicóptero salvador, que rápidamente se elevó, para distanciarse de la enfurecida multitud de North Pole City...

* * *

—Ingrid, creo que ahora estamos empatados. Me ha salvado la vida de nuevo. Y esta vez ha valido por todas las que yo pude haber tenido de sacarla adelante...

Ella se volvió, riendo, mientras el tercer ocupante del turbo-helicóptero conducía éste con soltura, lejos de la blanca capital de Polaria, sumida ahora en el caos civil inevitable, tras la muerte de Fedor Neffels.

—Creo que eso no es cierto, pero comprendo que sienta algo así, en estos momentos —dijo alegremente—. Su situación era muy difícil allá, abajo.

—¿Difícil dice? ¡Cielos, si estaban a punto de lincharme! ¿Cómo pudo usted aparecer, igual que un ángel llovido del cielo?

—Bueno, eso es obra de los dos —intervino el conductor del aparato, volviéndose—. Pero comprendo que sólo se lo agradezca a ella. Es una chica... y muy bonita.

El que hablaba era Morgan, corresponsal periodístico en la capital de Polaria. Rock sabía eso. Pero ignoraba aún muchas cosas. Y quería saberlas.

—Infiernos, Morgan, usted es un reportero. ¿Cómo está metido en esto, cómo se pusieron de acuerdo Ingrid y usted... y de qué se conocían los dos? —indagó.

—¡Oh! son muchas preguntas —rio el periodista—. Será mejor que le conteste Ingrid.

—Es todo fácil Rock —sonrió la joven, entornando sus hermosos ojos—. Estuve en Washington, buscándole. Su jefe, Donald Callowan, me refirió lo de su desaparición. No podía hacer intervenir oficialmente a la S.I.P. en Polaria, pero él estaba seguro de que usted tenía que andar metido por aquí, haciendo alguna barbaridad. Y bien que acertó su jefe. Rock. Así que hablé con Morgan, un viejo amigo. Yo nunca le dije que mi profesión es el periodismo, ¿verdad?

—Por todos los diablos, claro qué no. Nunca me habló nada de sí misma. Hubo momentos en que llegué a pensar si sería también alguna hermosa espía cruzada en mi camino.

—Le rodeaban tantas intrigas, que no le reprocho semejante idea, Rock. Soy periodista, y me puse en contacto con Morgan. Obtuvimos permiso para venir a Polaria, pero por distintos caminos, y yo bajo nombre supuesto. Si ellos sabían que yo era Ingrid Talaar, su compañera en la fuga hasta los Estados Unidos, me negarían la entrada. O me la concederían, para apresarme luego. Estuve oculta en North Pole City, esperando el momento que usted actuase. Cuando Morgan me dijo lo del sanatorio, comprendí que ese «presidente» era usted. Después de todo, yo no podía saber que el verdadero viviese aún, y el que viera Doc Watmans fuese un «doble» casi perfecto.

—¡Oh! ni usted ni nadie —farfulló Rock Spaad—. Yo estuve a punto de morir por no pensar en la posibilidad de que las cosas no fueran tan claras como parecían. Eso me enseñará a no fiarme de nadie.

—Seguro. Y hará bien. Como le decía, Rock, hablé con Morgan, y resolvimos ir en su ayuda, por si en su aparición pública de la plaza presidencial ocurría algo grave. Vigilamos, con el turbo-helicóptero reducido al silencio, sobrevolando las nubes. Con los teleobjetivos seguimos los sucesos de abajo. Al verle caer, imaginé que era usted el asesinado... —se

estremeció Ingrid—. No sabe lo que sufrí... hasta descender y verle aparecer, lleno de vida...

—Me apoderé de la fórmula criminal... —suspiró Rock—. La destruiremos, y eso volverá la paz a todos. Incluso a Polaria. Pronto olvidarán todo este caos... En especial, cuando se revele la verdad internacionalmente.

—¿La creará la gente fanática de Neffels? —indagó Morgan.

—Lo ignoro. Pero eso será ya lo de menos... —respiró con fuerza. Miró a Ingrid, que había estado curando sus cortes de la cara, producidos por las pedradas—. Gracias por todo, Ingrid. No sabe cuánto la eché de menos en este tiempo...

—¿A mí? —rio ella—. ¡Si apenas me conoce!

—A veces basta un minuto para conocer a una chica de toda la vida, Ingrid. ¿Dice que sufrió... creyendo que yo era la víctima?

—Sí... Y también sufro ahora... imaginando lo que le espera por desertar de la S.I.P.

—¡Oh! eso... No tema. La misión está cumplida. Y el «viejo» sabe por qué lo hice. Todo fue por el honor de la S.I.P. Por servir a mi querido Cuerpo del mejor modo posible...

—Claro que lo sabe —suspiró Ingrid—. Usted sólo vive para su amada S.I.P., Spaad.

—Hasta ahora sólo para ella viví. Pero no la conocía a usted, Ingrid.

—Rock, ¿qué quiere decir con eso? Un miembro de la S.I.P. no puede casarse...

—Cierto. Pero puede pedir vacaciones perpetuas... si decide casarse. Y es justamente lo que voy a hacer yo ahora... si tú me aceptas por esposo, Ingrid.

—¡Oh! Rock, querido... —ella se inclinó. Besó su boca—. ¿Hace falta contestarte...?



COLECCIÓN S. I. P.
ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

- 56. — Trampa para caballeros. — *Alan Star*.
- 57. — ¡S.O.S., Tierra! — *Johnny Garland*.
- 58. — Tráfico inhumano. — *Alan Star*.
- 59. — “Space boys”— *W. Sampas*.
- 60. — Cadáver en el espacio. — *Johnny Garland*.
- 61. — Locura dirigida. — *Alan Star*.
- 62. — Póquer de damas. — *Alan Star*.
- 63. — Cadáveres incompletos. — *W. Sampas*.
- 64. — Asesinos en la torre. — *W. Sampas*.
- 65. — Poder infernal. — *Alan Star*.
- 66. — Ladrones de tumbas. — *W. Sampas*.
- 67. — Piratas Submarinos. — *W. Sampas*.
- 68. — ¡Ultimátum! — *Alan Star*.
- 69. — Ojo por ojo. — *Alan Star*.
- 70. — Huellas sobre la arena. — *W. Sampas*.
- 71. — ¡Pánico! — *Johnny Garland*.
- 72. — Sinfonía en Luger sostenido. — *W. Sampas*.
- 73. — El legado de un «gangster». — *W. Sampas*.
- 74. — Tráfico siniestro. — *W. Sampas*.
- 75. — Voluntario para morir. — *W. Sampas*.
- 76. — Asesino del tiempo. — *Johnny Garland*.
- 77. — La Torre de la Galaxia. — *Johnny Garland*.
- 78. — Con la muerte en órbita. — *Johnny Garland*.
- 79. — ¡Sucederá mañana!. — *Johnny Garland*.
- 80. — La Fórmula del apocalipsis. — *Johnny Garland*.



El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

¡Nunca el mundo conoció un azote igual!
Un ser superdotado y maligno logró su objetivo

EL FIN DE LA SIP

Un relato fascinante escrito por Johnny Garland.

S.I.P. SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

7 PTAS

EDICIONES
TORAY, S.A.

En Argentina: 12 pesos